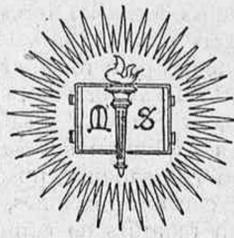


Ilustracion Artística



AÑO XII

BARCELONA 27 DE NOVIEMBRE DE 1893

NÚM. 622



SANTANDER. - PLAZA DE VELARDE CALLE DE LA RIBERA Y MUELLE DE CALDERON

ADVERTENCIA

No habiéndose podido terminar dentro del plazo que teníamos calculado los grabados que han de ilustrar el tomo primero de las TRADICIONES PERUANAS, hemos tenido que demorar el reparto del mismo a los señores suscriptores de la Biblioteca Universal, quienes lo recibirán con uno de los próximos números.

SUMARIO

Texto. - *Los sucesos de Melilla.* - *La catástrofe de Santander.* - *La mujer del Sr. López.* - *El cigarro habano.* - *¡Tilín... tolón!* - *Miscelánea.* - SECCIÓN CIENTÍFICA: Varios. - Libros recibidos.

Grabados. - *La catástrofe de Santander y el vapor «Cabo Machichaco»*, doce grabados que representan varias vistas de plazas, calles y edificios. - *El general de brigada D. Higinio Ribera.* - *Barcelona. Embarque de tropas para Melilla.* - *Orquesta eléctrica.* - Figs. 1 y 2. *El queso monstruoso en la Exposición de Chicago.*

LOS SUCEOS DE MELILLA

CRÓNICA DE LA GUERRA

III

No, señores: ahora resulta que no es tampoco un hijo del sultán el que viene sobre las kabilas; es un tío; este tío maldecirá a los rifeños como no cesen en sus hostilidades contra los españoles; pero lo más probable es que no llegue, ó que llegue cuando nuestras tropas hayan dado ya cuenta de los bandidos del Rif; y eso que, ya lo veis, los pobres soldados de España, obedeciendo órdenes superiores, hacen todo lo posible también por estarse quietos, mientras el enviado del sultán, hijo, hermano, tío ó lo que sea, no arroje su maldición sobre los rebeldes. Tendremos, á lo último, que el ministro de Estado habrá de cesar en esas astutas y asombrosas negociaciones diplomáticas que en bien de España sostiene, dejando á nuestras tropas que las concluyan *de por sí* lo más pronto y lo más honrosamente posible. Después, cuando todo acabe, que llegue en buen hora ó no llegue el hermano, el hijo ó el tío. Este personaje recuerda al matón andaluz que siempre llegaba tarde al lugar del peligro: en cierta ocasión hubo una gran sarracina entre unos andaluces, y era esperado para terminarla por su influjo y su poder de bravo; llegó cuando los andaluces de la pelea estaban ya por el suelo; uno, medio expirando, dijo señalándole:

- Ya salió el arco iris.

El matón le preguntó, resoplando fuerte:

- ¿Y por qué me *ice ja* mí eso?

- Porque el arco iris no sale nunca, sino después de pasada la tormenta.

Pues bien: ese tío que viene con la maldición será el arco iris del cielo tormentoso del Rif. Mientras tanto, el pueblo se consuela con sus vivas á España, y despide á los batallones con entusiasmo delirante, que no logra apagar la misma decepción que sufre al ver que los batallones no hacen nada en Melilla. En Málaga es donde toman más relieve esas escenas, con una de las cuales bastaría para estudiar la idiosincrasia de un país. Los malagueños con muy poco se exaltan. Figuraos lo que será cuando existen para exaltarse motivos suficientes. Allí es donde las despedidas á los soldados adquieren proporciones más dramáticas, más pintorescas, más conmovedoras. Como se está más cerca del Rif, los moros parecen más grandes, su intención más mala, su catadura más horrible y la situación de nuestros soldados más peligrosa: en cada puerta de casa, en cada banco de plazuela, en cada esquina de calle, hallaréis una moza de corazón luctuoso que enjuga las lágrimas con un pico del delantal, y estrechando la mano del hombre, le pide entre sollozos que al pelear *con el moro* no deje de la memoria á la pobrecita madre, ni á la Santísima Virgen, que le dará su amparo. «Con lo de Melilla - me escriben desde allí, - hemos enloquecido; todos los días entran y salen tropas, las campanas repiques y más repiques desde por la mañana hasta la noche, y de noche es un jubileo de luminarias, de colgaduras, de gritos de alegría: te digo que todo el mundo está loco de entusiasmo; será que yo no lo entiendo, pero se me figura que, cuando los pobrecillos del ejército vuelvan - los que logren volver - vendrían perfectamente las manifestaciones de ahora; el corazón se encoge y la garganta se aprieta, al pensamiento de que toda esa alegría es porque van esos pobrecitos soldados á que los maten.» No, no mil veces; sería otra fatalidad más que los soldados españoles no fuesen despedidos con esas grandes notas de entusiasmo y esas lágrimas de afecto y esa ovación constante. Ellos se van y llevan en su sangre, en su corazón, en su memoria, en su ser todo, el dulce arrullo de aquella gran ola de entusiasmo y alegría que los envolvió, y es lo que les mantiene en la pelea, lo que mitiga su hambre, lo que apaga su sed; es todo eso, que unido con

su carácter, con su despreocupación y con su nerviosidad asombrosa, consiguió en todas las épocas al soldado español el renombre que hoy tiene aún. El soldado es lo único que en España hay que no degeneró; el soldado es la flor única que conserva su perfume entre aquellas hermosas flores ya marchitas de nuestras grandezas muertas; el soldado es la noble reliquia que tenemos para recordar lo que fuimos; el soldado, aparte de su bravura, su sumisión y su carácter sufrido, es generoso y sabe agradecer; no acertará quizá á explicarse sus sentimientos, pero sabe que existen y lo sabemos nosotros; esas despedidas ruidosas, con iluminaciones, con colgaduras, con regalos, con repiques de campanas, con gritos delirantes y con lágrimas de emoción, es lo que hará de cada chiquillo de esos un héroe en la pelea; el que deja novia, padres ó hermanos, vence ó muere con aquellas queridas y fantásticas figuras flotando en su espíritu; pero hay otra cosa que le ayuda á vencer ó á morir con nobleza; otra cosa que, aunque lo creáis imposible, vale tanto ó más que la novia, el padre ó el hermano; es aquel aliento misterioso de abrasador perfume que lo acariciaba al partir á la pelea, es el recuerdo de aquella ola gigante que lo envolvía con espuma de flores y zumbido de aplausos y vivas; todo esto, es la patria; la patria con esas grandes muestras le dice al soldado: *confío en ti*, y el soldado responde muriendo por la patria, como hijo que defiende el honor y la gloria de su madre.

Despidamos á las tropas entusiastamente, sí; démosle los aromas de nuestra alma; démosle los alientos de nuestra vida en el adiós majestuoso; ondeemos banderas; que pasen, en fin, por ese gran arco de triunfo que España les ponga como pórtico de luces, para entrar en el Rif; que si el soldado muere, morirá dichoso recordando á España, y si es vencedor tendrá en esas ovaciones un bello anticipo de las que le correspondan al volver.

También aquí hemos despedido á la tropa; también aquí se presenciaron escenas que conmovían: recuerdo aquella mañana de brumas, aquel piso húmedo, aquel cielo, como una gran sábana gris, con manchones acá y acullá, donde parecían clavarse las agujas de las torres, como estalagmitas que escalaron las nubes: al puerto, á los muelles, á los balcones, á las azoteas agolpábase la multitud conmovida y ansiosa. El *Turia*, el *Menorquín* y el *Nuevo Mahónés* eran los puntos de concentración de todas las miradas: el imán irresistible que las atraía: en las fachadas del paseo de Colón advertíase una pintoresca y extravagante mezcolanza de colores; la multitud aglomerábase allí en azoteas, balcones y ventanas como imponente ola que hizo brecha con su empuje en el muro que la contenía; el mar saltaba también en olas formidables sobre el muelle del Este, tendiéndose después en inmenso tejido de espumas, hasta morir en las aguas tranquilas del puerto; los barcos izaban todos sus banderas, é infinidad de embarcaciones atestadas de gente mecíanse alrededor de los buques como diminutas palomillas grises que fueran á posarse en sus cascos.

Llegó la hora: sólo vi partir á uno de los buques, al *Nuevo Mahónés*. Los que partían estaban contentos; los que nos quedábamos, tristes; no sé qué hay de misterioso y grande en esa satisfacción de los que van á la muerte tal vez, y la melancolía de los que se quedan, sin abrigo por la muerte temor alguno. El vapor silba, el barco leva anclas, los pechos se conmueven, las banderas ondean y crujen con el viento como si adquiriesen tensión nerviosa, porque las hebras de su tejido se convirtieron de pronto en fibras humanas. Se oyen aplausos, vivas, gran clamoreo, frases que la emoción entrecorta, y al moverse el buque en aquellas aguas serenas, hasta las olas acarician su casco, con silencioso beso de hembra enamorada, para darle también su despedida.

El buque va alejándose; oficiales y soldados saludan y vitorean á España y á Barcelona; el entusiasmo aumenta entre los que se van, y un silencio respetuoso domina á los que se quedan. ¿Podrá creerse que ese silencio es frialdad? No. Se engaña si alguno cree que los catalanes sienten ó aman menos que los castellanos ó los andaluces; la humanidad en todas partes es la misma; no consiste en el sentimiento, consiste en la manera de expresarlo; un meridional no ama menos ni más que uno del Norte, ni se apasiona más ó menos tampoco; lo que hay es que no exhibe éste su pasión, que es reservado, que se reconcentra en sí: el hombre del Norte hace otra vida de su amor, la amolda á la suya y se identifica con ella: el meridional necesita cantar sus amores para que sus melodías lleguen al corazón de los otros y sean felices también con ellas: el del Norte no, ese oculta su amor en el fondo de su pecho y lo guarda de todo el mundo; el otro goza más con que gocen

los que le rodean comprendiéndole; éste goza más cuando más fundido y oculto tiene su amor en la urna de su pecho...

Con estas reflexiones levanto la cabeza; el buque, al que seguíamos en un pequeño barco, está ya distante; va convirtiéndose en una mancha oscura, como aquellas que salpican el cielo; pero todavía se distinguen allá unos alegres puntitos rojos; son los pantalones de la tropa aglomerada sobre cubierta; esos puntitos rojos llegan hasta mí como relámpago de la franca alegría con que el soldado español va al combate; esa alegría que nunca pierde y que constituye la nota más sublime de su valor...

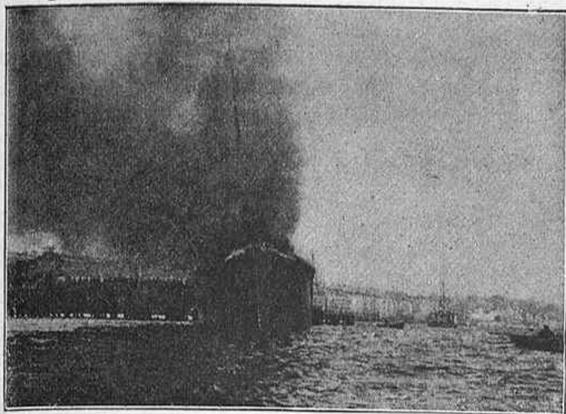
Miro hacia Barcelona... ¡Qué triste todo! La ciudad se envuelve en un sudario de brumas; sus edificios, sus torres se ven allá de un modo confuso, vago, inexplicable, como en el calor y el entusiasmo de una gran fiesta de amores distinguíase la visión de la muerte...

¿Qué hay en Melilla entretanto? ¿Cuál es su situación? La crónica de la semana con respecto á la guerra ha de ser brevísima; en el campamento se reunen constantemente batallones y batallones; la animación aumenta; sigue cañoneándose al campo enemigo; siguen los combates parciales, en que los soldados demuestran su poder y arrojo; se ven ejemplos de patriotismo y generosidad; organízase una partida de presidiarios para la caza del rifeño, como las que se organizan para la caza del lobo, que más que lobos son los salvajes del Rif; esta partida la manda un hombre cuyo valor asombra, es el capitán Ariza, que deja casa, familia, amigos y comodidades de la fortuna, y deja su cargo en el ejército para ir voluntariamente á la guerra; se le concede capitanear una partida de cuarenta penados, los entusiasma con su tranquilo valor, los electriza con ejemplos de una temeridad que enloquece, y los miserables penados se cubren de gloria un momento y otro. ¡Qué oleadas de bienestar se meten en mis pulmones y en mi sangre al decir que el capitán Ariza es malagueño!

Con las temeridades de Ariza; con la bravura de los penados que le siguen; con la presencia en el campamento español del moro Hach, adicto á España como el más exaltado de nuestros patriotas; con el fin desastroso del cantinero de uno de los fuertes; con la historia de los convoyes que salen de la plaza y son hostilizados por los moros; con el sigilo traicionero de esa chusma hedionda del Rif, que va cautelosamente en mitad de la noche á soltar descargas cerradas al mismo Melilla, retirándose después como espectros terroríficos que se desvanecen en la sombra, dejando en el corazón la sorpresa y el coraje que no puede estallar sobre ellos; con la muerte de otro penado valeroso á quien acribillan las balas rifeñas por haberse comprometido él á ir solo con encargos distintos á los fuertes, encargos que cumplió como promesas de religión antes de morir; con las nuevas hazañas del capitán Ariza y sus hombres; con el entusiasmo que produce en el ejército la pública felicitación que el general Macías hace á los penados y á su capitán; con la sensación de orgullo que nos causa el saber que los rifeños han concluido por apodarar á los hombres de Ariza *la partida de la muerte*; con la admiración que sienten españoles y rifeños ante la singularidad extraña de que en la *partida de la muerte*, á pesar de los estragos que produce y de los actos, no ya de valor, sino de temeridad que ejecuta, no haya habido ninguna baja; con el malestar sordo que hay en los combatientes de las primeras jornadas, porque no hubo justicia, á lo que se dice, en las recompensas; con la continuación de las pesquisas por la guardia civil en el asunto del contrabando de armas, que tomó aspecto grave por las muchas personas, de arraigo algunas en el mismo ejército, que se susurra están comprometidas; con esto, en fin, y la balumba inmensa de telegramas que se publican para ser desmentidos y de sueltos y artículos que no sabemos adónde van ni de donde vienen, comidilla revuelta y vuelta á revolver, que á los de otra nación cualquiera volvería locos, pero que á los españoles nos restaura y da bríos, por eso de que nos hemos alimentado en todas ocasiones con *comidillas*; con todo esto está distraiéndose la opinión durante la semana, mientras en Madrid los ministros discuten á todas horas si debe ir López Domínguez á Melilla ó no debe ir, y mientras López Domínguez continúa diciendo que irá á Melilla ó se irá á su casa y lo tiene todo preparado para ir y se asegura ya que irá.

Hay que dejar aparte los aguijonazos de las oposiciones y de los enemigos del ministro de la Guerra, por la mira más ó menos personal que en este asunto lleve, y de que no debieran hacer armas jamás los que estudian con imparcialidad este asunto, porque en último caso, tan español como cualquier

español es el ministro de la Guerra, y tanto derecho tiene como cualquier español á que se le crea honrado y amante de su patria; dejando aparte, digo, esos agujonazos y esas inculpaciones, atmósfera de que los hombres de espíritu sereno deben huir para no



SANTANDER. — EL VAPOR «CABO MACHICHACO» QUINCE MINUTOS ANTES DE LA EXPLOSIÓN (de fotografía de D. Pablo Duomarco, remitida por D. Pascual Urtasun)

inficionarse con ella, se convendrá á última hora en que es á López Domínguez á quien debemos llevar en palmas, porque es el único hombre del ministerio que la guerra quiere, y con la guerra el suspirado instante de satisfacción desagradadora; bien entendido que, al hablar de la guerra, no se trata de conquistas, sino de un solo y formidable empuje en que tomase la nación represalias, aunque sean crueles, para que sirvan al par de castigo severo al enemigo traidor que siempre nos acecha.

He de decir ahora para satisfacción cumplida que el mensajero del sultán llegó; pero el mensajero al fin no fué un tío, fué un hermano, y el sultán lo escogió tuerto para más decoro; se llama Muley Araaf. Las carantoñas y las manifestaciones que hizo el buen señor antes de llegar á Melilla no tienen número... Macías le advierte con mucha lisura que será cañoneado también cuando venga si los moros no suspenden las hostilidades y si no presenta él bandera blanca; se hace así; las hostilidades se suspenden, Muley Araaf es recibido con gran ostentación, las tropas españolas se forman, Macías sale á su encuentro por la puerta del Mantelete, acompaña le brillantísima escolta, compuesta de secciones de todas las armas, se saludan Muley Araaf y Macías; da principio la conferencia, los soldados españoles están ansiosos de saber lo que resulte por el temor de que sea una paz que no les permita honroso desquite, y los ministros esperan anhelantes también lo que Macías diga para discutir sobre la marcha la determinación que ha de tomarse.

López Domínguez no está conforme con eso, no se aviene á razón ninguna, declara que todo eso es vergüenza, afirma que no concederá ni un minuto de aplazamiento en las operaciones y que no hay modo de un arreglo pacífico, y da al general de la plaza órdenes terminantísimas de que no acepte tregua alguna en las hostilidades del campo si Muley Araaf las pide. Por esta actitud del ministro de la Guerra y por la de Sagasta, que se plane lastimeramente porque cese el conflicto de Melilla, haciendo todas las concesiones que se necesiten con tal de que no se gaste más dinero, se comprenden las profundas divergencias que hay en el gobierno y lo fatal y terrible que pueden ser para nosotros.

* * *

No cerraré mi crónica sin decir antes que en medio de la ansiedad de todo el mundo por saber lo que de la conferencia de Macías y Muley Araaf resulte, ha caído como un rayo un telegrama gravísimo; asegura que se unieron gran número de kabilas, que se han presentado amenazadoramente en toda la cuenca del río del Oro, que la situación del ejército español es apuradísima y que no se pueden enviar auxilios por falta de buques.

La ansiedad que hay por saber lo que resulte de la conferencia y la expectación profunda producida por ese despacho han podido solamente hacer olvidar un poco la ira que se levantó en los corazones con las jermiadas del Sr. presidente del Consejo de ministros. El pueblo español no quiere guerra; pero quiere paz honrosa.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

LA CATÁSTROFE DE SANTANDER

La fecha del 3 de noviembre de 1893 será de recordación terrible cuanto imperecedera para Santander y para toda España: la catástrofe ocurrida aquella tarde en la hermosa ciudad montañesa llenará una de las paginas más tristes de la historia de nuestras calamidades nacionales.

A las dos de la tarde del citado día inicióse un incendio á bordo del vapor *Cabo Machichaco* de la casa Ibarra y C.^a, de Sevilla, que llevaba entre otra carga más de 1.600 cajas de dinamita, de 35 kilogramos cada una; acudieron á él las autoridades de la población y millares de curiosos llenaron el muelle de Maliaño, junto al cual estaba atracado el buque, y los demás muelles y sitios próximos. Cuantos trabajos se hicieron para atajar el fuego resultaron inútiles, en vista de lo cual pensóse en echar el barco á pique, abriéndose para ello boquetes en los costados. Eran poco menos de las cinco de la tarde cuando sonó una detonación horrenda: el buque *Cabo Machichaco* acababa de hacer explosión sembrando de cadáveres el muelle y llevando la ruina, la muerte y la desolación á todos los ámbitos de la ciudad.

¿Qué sucedió en aquellos momentos? Nadie es capaz de describirlo. Los testigos presenciales hablan de un estampido horrisono; de una tromba de agua de millones de toneladas, que inunda el muelle en una extensión de 600 metros tierra adentro y que arrastra luego al mar un montón inmenso de carne humana; de una lluvia de proyectiles, algunos de muchos kilogramos de peso, que siembran la muerte por los sitios más apartados del de la catástrofe; de cuerpos mutilados que yacen exánimes; de heridos que se retuercen en las convulsiones de la agonía, lanzando horribles ayes; de gentes que huyen aterrorizadas; de otras que acuden en auxilio de los que en el muelle quedan; de muchas que corren alocadas buscando entre los vivos ó entre los muertos personas queridas.

Y para colmo de tantos horrores, la explosión del buque produce el incendio de algunas casas de la calle de Méndez Núñez, una de las principales de la ciudad, y en pocos instantes arde toda la manzana y viénense abajo magníficos edificios, dejando en la más completa ruina á muchos que hasta entonces como ricos se consideraban.

De la catástrofe han resultado más de 600 muertos y millares de heridos: las pérdidas materiales producidas por la explosión y por el incendio son incalculables.

Entre los muertos se cuentan las primeras autoridades de Santander.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al reproducir hoy en sus paginas algunos detalles de la catástrofe, se asocia de todo corazón al dolor inmenso que tan hondamente aflige á los santanderinos.

Los grabados que publicamos son copias de fotografías que nos han sido remitidas por D. Antonio Berdegué, comisionado por esta casa editorial, don J. P. de Barbáchano y D. Vicente Rodríguez de Soto, nuestros corresponsales en Santander, y por don Pascual Urtasun, fotógrafo de aquella ciudad, á quienes damos nuestras más expresivas gracias. — X.



SANTANDER. — CASAS DE LA CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ POR LA PARTE QUE DA AL MUELLE DE MALIAÑO (de fotografía de D. Aniceto González, remitida por D. V. Rodríguez de Soto)

LA MUJER DEL SR. LÓPEZ

ANÉCDOTA CONTEMPORÁNEA

I

El Sr. López, ó de López, que de ambas maneras solían nombrarlo, era un pobre cesante de Loterías, no tan gracioso como el que sacaron á escena, con muy buena sombra, por cierto, Estremera y Chapí en el lindísimo juguete *Música Clásica*; pero casi tan necesitado como aquél y tan ganoso de ser repuesto como son casi todos los cesantes de Loterías... y de cualquier otro ramo de Hacienda.

Precisamente por trabajar para su reposición vino á Madrid, desde no sé dónde, el supradicho Sr. de López, á quien acompañó su mujer, una buena señora, muy entrada en años y muy metida en carnes, que no quería separarse de su marido ni en la prospera ni en la adversa fortuna.

Ya sabían ellos que había de costarles Dios y ayuda conseguir la anhelada reposición; pero como López no había hecho en su vida otra cosa, ni servía para nada que no fuese acudir con puntualidad á la oficina y trabajar á conciencia en su negociado, decidieron sacrificar algunos ahorrillos que constituían el gato de la señora; y una vez en Madrid, se instalaron en humildísima casa de huéspedes y comenzó López su campaña.

¡Y qué mal cariz presentó el pleito desde un principio! Muy difícilmente logró López hablar dos ó tres veces con el jefe del personal; al director lo saludó un día y al ministro ni siquiera pudo verlo de lejos, aquello era para desesperarse. Pasaban días, pasaban semanas, pasaban meses y las economías de la mujer de López mermaban á ojos vistas. Todas las tardes; mientras el infeliz pretendiente y su compañera sostenían heroica lucha con los garbanzos, *pequeñitos, pero duros*, que les servía la patrona despiadada, contaba López á la mujer de López los desaires del oficial y las sobarbadadas de los porteros, y ella decía á su marido que los ahorros de la hucha se agotarían muy pronto y que era necesario activar el sitio.

Este cambio de impresiones, como ahora decimos, era realmente muy poco agradable, y terminada la colación y concluido el relato de los sucesos del día, acostábase la señora, que procuraba olvidar sus penas y sus zozobras durmiendo, y daba cuatro chupadas á su pitillo el pobre López, mientras se distraía leyendo en un libraco antiguo, colección de chistes y cuentos, agudezas y epigramas, que para solaz y esparcimiento del ánimo había pedido prestado á un su compañero de oficina.

Aburrido, desesperado estaba López cierta noche y casi resuelto á darse por vencido y á tornar á su pueblo, donde si no tenía qué comer, tampoco sería el hazmerreir de porteros mal educados y de zafios ordenanzas, cuando hojeando la colección tropezaron sus ojos con el siguiente epigrama, muy conocido y muy antiguo, pero que López no había leído nunca:

¡Un ascenso ha conseguido el marido de Librada, sin que el hombre haya tenido que moverse para nada. ¡Ella sí que se ha movido!

La lectura del epigrama fué para López una revelación... Sintió, al leerlo, algo parecido á lo que debió de sentir el matemático griego cuando saltó del baño gritando ¡Eureka, Eureka! López no saltó del baño, entre otras razones porque no estaba bañándose, ni en la casa de pupilos se gastaban esos lujos; López no salió gritando por la calle «¡lo encontré, lo encon-

nero recibido para la matrícula, ya lo que le producían los libros de texto mal vendidos al primer librero de viejo del convento de la Trinidad... (que ya no era convento). Pero, aun con eso, el pobre López no tuvo nunca ni había esperanza de que tuviese capital para sostener mucho tiempo á la *Morenita* con todo el lujo y todo el aparato que su argumento

ta duros del tesoro conyugal, salió de la vivienda que él y su esposa usufructuaban.

Todo se lo habría esperado *Juana la Morena* menos recibir á deshora de noche aquella visita de su antiguo amigo, á quien, sin embargo, acogió muy afectuosamente y con grandes y sinceras manifestaciones de alegría.

— ¿Qué traes por aquí, picaronazo?, le preguntó riéndose cuando lo vió entrar en la sala. Vamos, prosiguió diciéndole, siéntate á mi lado, tunante, como te sentabas hace veinte años en aquella salita de nuestro entresuelo de la calle de la Biblioteca; y dime lo que te sucede... porque tú no has venido aquí á humo de pajas.

— Ganas tenía de verte, contestó López, eso es la verdad; y aunque algo hablamos la otra mañana en la Puerta del Sol, no me hubiera ido tranquilo al pueblo sin echar un párrafo contigo para recordar nuestra aventura de antaño... ¡Y cuidado si estás guapota!... No pasan años por ti.

— ¡Bah, bah, bah!.. Que no me tomes tú el pelo ahora... A perro viejo no hay tus tus... Si te traes algo, me lo dices sin tantos requilorios ni tanto jarabe de pico...

— Pues bien: quiero que me hagas un favor.

— ¡Acabáramos!.. Así se dice... Echa por esa boca, y si puedo... está hecho.

— Sí puedes, y además, para ayudarte á poder traigo yo aquí cuarenta *chuchos* que voy á darte ahora mismo.

— No son malas ayudas; pero paga adelantada es paga graciosa. Guarda por ahora el *parné*, que gracias á Dios, no lo necesito, y sepamos de qué se trata, que ya me has metido en curiosidad.

López, acercándose más todavía á *Juana la Morena*, explicó al oído de su amiga lo que se proponía. De perlas hubieron de parecer á Juana las explicaciones, porque las acogió con repetidos movimientos de cabeza, señales evidentes de asentimiento, y las interrumpió más de una vez con ruidosas carcajadas.

Cuando López hubo concluido de hablar y hubo cesado de reír Juana, ésta, recobrando oportunamente el aire grave de quien trata un negocio serio, dijo:

— Me parece bien, muy requetebién lo que piensas, y creo que podré servirte. Yo misma no; estoy ya muy *fondosa* y muy estropeada... y además en Madrid me conoce todo el mundo;... pero hay aquí una Lolilla, andaluza ella, y con una carita de santa, que parece talmente que nunca ha roto en su vida un plato, y con más malicia y más gracia que pueda ha-



SANTANDER. — INTERIOR DEL DEPÓSITO DE LA COMPAÑÍA ARRENDATARIA DE TABACOS (de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegú)

tré!..» pero sí despertó á su cónyuge, la cual dormía muy tranquilamente, y le dijo: «Me parece que he discurrido un medio de conseguir que me repongan. Será necesario que sacrifiquemos algunos duros; pero de todas maneras estamos sacrificándonos.» La mujer de López, que no discutía jamás con su marido, pero que había oído decir siempre que en *este Madrid* todo cuesta dinero, halló muy razonable lo que López decía; se incorporó un momento, y de debajo de su almohada sacó un envoltorio de trapos, cuyo núcleo, que tardó bastante en aparecer, lo constituía un caletín, donde la pobre señora guardaba sus capitales. Marido y mujer hicieron arqueo, del cual resultó que poseían sesenta duros y algunos céntimos de peseta, á lo cual había que agregar, en el activo, el importe de una semana de pupilaje que por adelantado habían satisfecho aquella mañana misma, y de lo que había que considerar como pasivo, treinta pesetas, que era preciso tener aparte para comprar los billetes de tercera cuando regresaran al hogar doméstico.

López calculó que cuarenta duros bastarían para realizar el proyecto que había concebido; los tomó, devolvió el resto á su mujer, que tornó á esconderlo entre infinitas vueltas y revueltas del envoltorio. López salió inmediatamente de la casa de huéspedes, y su mujer, después de colocar del mejor modo posible debajo de la almohada el lío, reanudó con la mayor tranquilidad su interrumpido sueño.

II

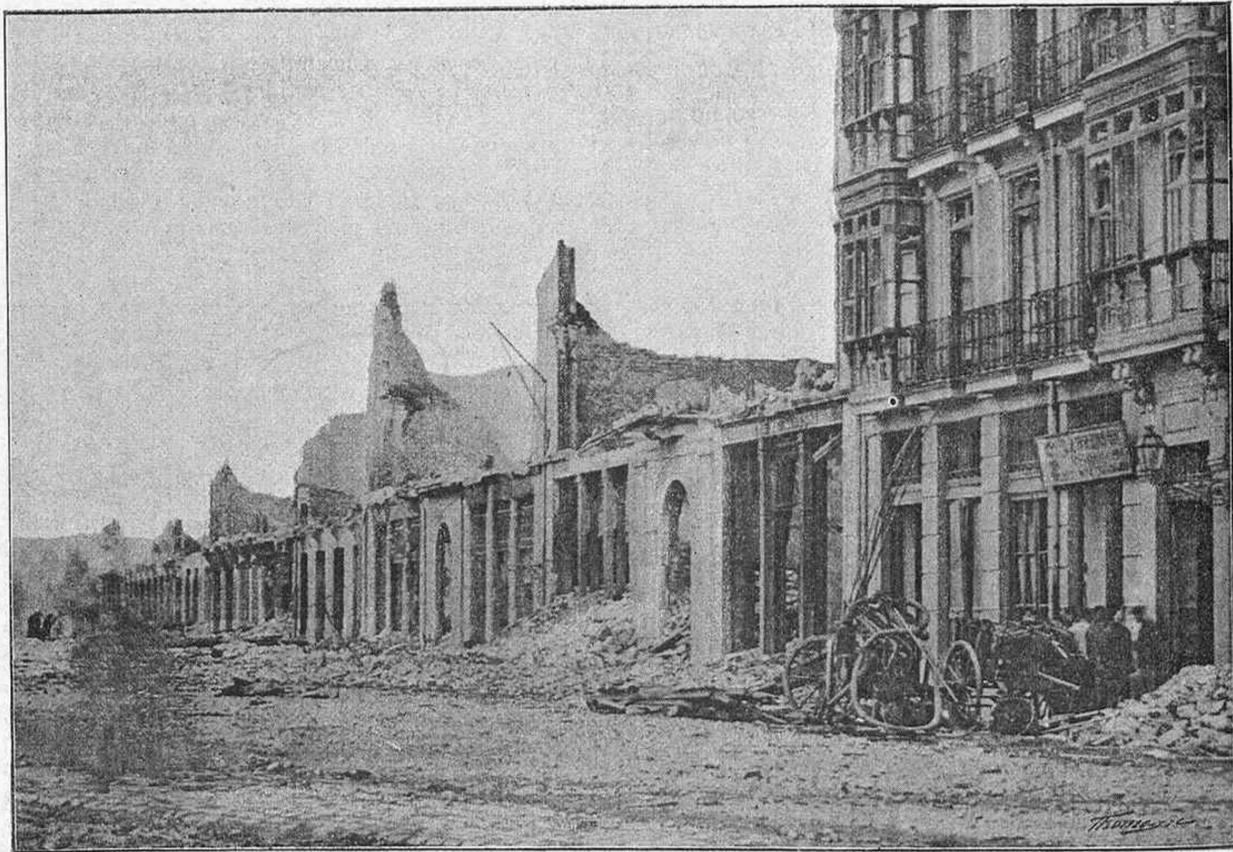
López había cursado en Madrid algunos años de la Facultad de Derecho; no concluyó la carrera, eso no; ni se examinó siquiera de la asignatura de Derecho Romano; pero fué estudiante, y como estudiante vivió en Madrid, cuando mozo..., que también López había sido mozo, y algo calaverilla y bastante mujeriego, antes de ser empleado de Loterías.

En su vida de devaneos estudiantiles y de bailes en Capellanes conoció á una muchacha muy graciosa y de muchísima travesura, á quien sus compañeras de taller, como también los estudiantes de entonces, entre los cuales tenía mucho partido la chica aludida, apodaban *la Morenita*.

Algunas locuras había hecho López por la *Morenita* y más de un disgusto y más de dos hubo de dar á los padres gastando en convidarla á cenar, ya el di-

requería. Las relaciones de la traviesa muchacha con López, aunque muy cariñosas y muy íntimas, duraron poco... Ambos comprendieron que no era posible prolongarlas durante largo tiempo, y se separaron, de común acuerdo, pero quedando muy buenos amigos.

La *Morenita* había prosperado; todavía estaba de muy buen ver; pero ya se la nombraba *Juana la Morena* entre las gentes alegres de cascos. De lo próspero de su fortuna había enterado ella misma á Ló-



SANTANDER. — CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ POR LA PARTE QUE DA AL MUELLE DE MALIAÑO (de fotografía de A. González)

pez una mañana, en que dirigiéndose el cesante al ministerio de Hacienda, se encontró, de manos á boca, en la Puerta del Sol con su antigua amiga.

Y justamente á casa de ésta se encaminó el buen López, cuando, después de haber tomado los cuaren-

ber en un seminario conciliar. Voy á llamarla; la enteramos del asunto; le das los cuarenta *chulés*, y me dejo cortar la mano derecha si no desempeña la comisión mejor que nadie... porque tiene una labia y un ángel que se lleva de calle á las gentes.



SANTANDER. - ENTRADA DE LA CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ
(de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegué)

unos años vino usted á gestionar su reposición. Ahora soy subsecretario. Con tantos cambios como han ocurrido en estos tiempos, he logrado ascender. ¿Usted habrá venido con la señora?

- Sí, señor.
- ¡Cuánto tiempo hace que no tengo el gusto de verla! Y es una excelente persona, y ¡qué humor el suyo! Siempre tan de broma... sin pasar los límites de lo lícito, por su puesto. No deje usted de darle recuerdos míos.

- Lo haré así y los estimará mucho.

- Y á propósito... ¿cuánto tiempo se propone usted pasar aquí?

- Acaso pasará cuatro ó seis días.

- Entonces ¿aún estará usted entre nosotros el miércoles?

- Tal creo.

- Pues véngase al ministerio ese día; pasa por allí la calgata y verá cosa digna de verse. No deje de llevar á la señora; le gustará... á ella que es tan alegre y tan animada...

Efectivamente, López acompañando á su esposa fué al ministerio; la mujer estuvo como una reina (según ella decía), en el mejor sitio del mejor balcón, donde lo vió todo perfectamente.

Pérez de Quintales columbró desde lejos á su protegido, y se fué á él en derechura; cogióle cordialmente la mano y gritó:

- ¡Amigo López, cuánto le agradezco que haya venido! ¿Está con usted la señora?

- Sí. Ahí la han colocado.

- Voy á saludarla. Hágame usted el favor de presentarme por si ella no se acuerda.

López lo hizo así; y en efecto, la señora no se acordaba de Pérez Quintales (á quien nunca había visto) y Pérez Quintales tampoco se acordaba de la señora de López (con la que no había hablado en su vida); ninguno de los dos se atrevió, sin embargo, á decir lo que pensaba... Cruzáronse entre el uno y la otra algunas palabras insignificantes, y Pérez puso muy pronto término á situación tan embarazosa.

Cuando Pérez se alejaba, á pasos precipitados, del balcón, alguien le oyó murmurar: «Pero ¡Dios mío, cómo se ha desfigurado en tan pocos años!.. Verdad es que la vida que traía;... pero nada, parece otra.»

La señora de López nunca supo que el subsecretario, que tan fino le pareció, la había confundido con una amiga de Juana la Morena.

Ahora no vayan ustedes á decirme que si López fué marido un poco imprudente; que si el ministro fué hombre un mucho incauto; que Quintales fué mal fisonomista, y que si torna y que si vuelve, y que nada de esto es verosímil... porque *mutatis mutandis* (y desde luego cambiando los nombres) lo he referido tal y cual me refirió el hecho mi querido y buen amigo Pepe Zahonero. El cual conoció personalmente al subsecretario, y á la señora de López, y á López, y hasta por referencia, según tengo entendido, á la Morenita.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL CIGARRO HABANO

Frustrada por completo la sorpresa que con más temeridad que buen tino intentara el coronel R* con sus escasas tropas, rechazadas éstas por un enemigo superior en fuerzas y bien parapetado, convirtiéndose luego la retirada en fuga á campo abierto, y los soldados cristinos apelaron al único recurso que tenían, fiando la salvación á la ligereza y acosados de cerca por los carlistas.

- Puesto que todo el mundo corre... ¡á correr!..., se dijo el capitán Montoro, que había sido el primero en el ataque y el último en volver las espaldas.

Y después de romper de un pistoletazo la cabeza de un absolutista que se aproximaba en exceso, empezó á saltar como un gamo.

Pero á los pocos saltos tuvo que pararse en seco. Cinco ó seis carlistas que parecían salidos por escotillón le cerraban el paso, intimándole se rindiera. El fugitivo, á cuyos oídos debía de sonar mal el requerimiento, intentó aún replicar á cuchillada limpia; pero antes de que pudiera él darse cuenta, salió despedido de su diestra el sable que empuñaba, al choque de otro acero vigoroso: desarmado, indefenso, el oficial bajó la cabeza, mordiéndose rabioso los labios y murmurando una maldición.

Veinte minutos después, custodiado por un alférez y algunos soldados, penetraba en un caserón donde tenía la división carlista sus cuarteles. Apenas había andado cuatro pasos por el interior de una tan inmensa como destartada sala, cuando se halló frente á frente al coronel Gomerano, un hombre joven, de marcial aspecto, que retrocedió al ver ante sí á Montoro.

- ¡Cómo!, exclamó entre asombrado y dolorido. ¿Eres tú, Camilo?

- El mismo que viste y calza. ¿Qué tal vamos, Marcial amigo?

- ¡Ira de Dios! ¿Por qué te has dejado coger?, prosiguió el coronel con violencia.

- ¡Vaya una pregunta y vaya un modo de recibir á los amigos!.. Si te crees que ha sido por mi gusto...

- ¡Desgraciado! Más te valiera hacerte matar en el campo de batalla antes que...

Y diciendo y haciendo, mandó que compareciese Lolilla, que en efecto parecía una colegiala inocentona y candorosa: sonreía con timidez; miraba con dulzura, hablaba suavemente.

- Aquí tienes á tu mujer, dijo al verla entrar Juana la Morena á su amigo López: mira, Lola, el señor es tu marido, dijo á la recién llegada; y hecha tan concisa presentación, el pretendiente explicó á Lolilla el proyecto á cuya realización debía contribuir, y Lola, que era muy aficionada á cosas de teatro y á representar comedias, acogió la idea con entusiasmo y ofreció desempeñar bien su papel.

Para ello, sin embargo, después de recibir los cuarenta duros, pidió instrucciones.

- Me parece, contestó López, que no las necesitas. Estas doscientas pesetas te las doy para que me sirvas. Como hagas eso, quedarás con la intención libre para servirte á ti misma ó hacer lo que mejor te parezca oportuno.

Muy pocos días después, la señora de López, conseguida ya la reposición (con ascenso) del cesante de Loterías, abandonaba la casa de huéspedes en que tanto había padecido, y emprendía muy satisfecha el viaje de regreso á la casa *paternal*, largo tiempo abandonada.

III

Han transcurrido siete años.

López se halla accidentalmente en Madrid adonde ha sido llamado por el jefe para una comisión del servicio.

Una tarde, al pasar por la calle de Preciados, oye á un caballero que desde el carruaje le grita:

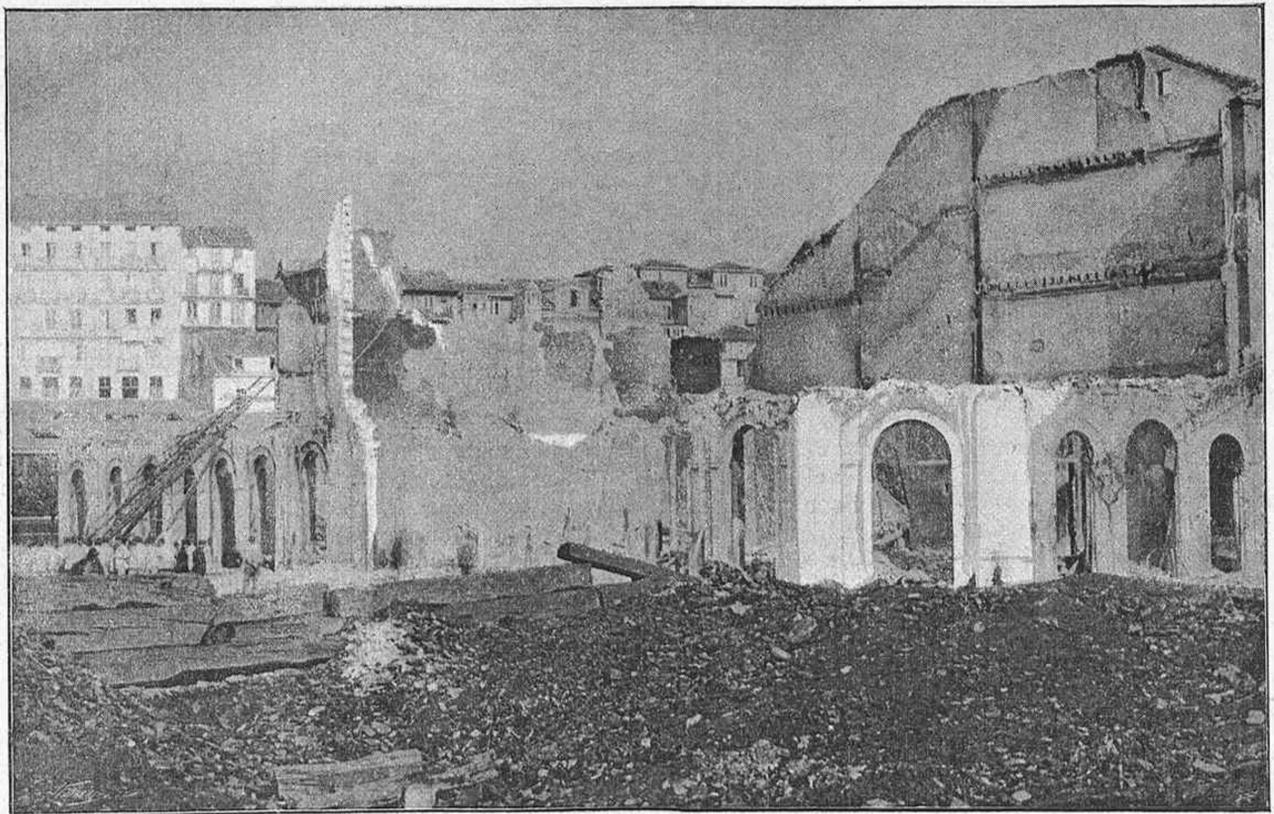
- ¡Eh, López, López, señor de López! Detiéndose López, el carruaje se detiene también, el caballero que lo ocupa desciende y se va derecho hacia López con los brazos abiertos.

- ¿Usted por aquí, Amigo López? ¿Cuánto tiempo sin verlo!.. ¿Qué es de su vida?

- Pues, ya ve usted, lo de siempre..., contesta López, sin saber cómo decir á su interlocutor que no lo conoce.

Este lo adivina y se apresura á gritar, riéndose y abrazándolo cada vez con más fuerza:

- ¿Usted ya no se acuerda de mí?
- Realmente, no caigo.
- Soy Pérez, Pérez de Quintales, el jefe del personal de Hacienda, cuando hace al-



SANTANDER. - AUDIENCIA Y CASAS CONTIGUAS (de fotografía de D. Aniceto González, remitida por D. J. P. de Barbáchano)

— ¡Oiga! ¿Te propones acaso hacerme meter cuatro balas en el cuerpo?.. ¿Te callas?.. Habla, chico, no te apures... Si tengo que morir, moriré y sin pestañear.

Gomerano, emocionado, se mordía los labios; luego, balbuceando, en frases entrecortadas indicó á su antiguo compañero de armas la terrible verdad. Aquella misma mañana, al salir del pueblo el general jefe de las fuerzas de D. Carlos, le había comunicado la terminante orden: «Todo oficial cristino que cayera prisionero, fusilado.» ¡Y el destino, el maldito destino quería que el único oficial prisionero, tras el frustrado ataque de una columna liberal, fuese precisamente Camilo Montoro! Antes que la guerra estallase, Montoro y Gomerano habían servido juntos como subtenientes en el mismo regimiento; después, cuando la sangrienta contienda dividió á los españoles en dos bandos encarnizados, Marcial se fué con el pretendiente, en cuyas filas alcanzó el grado de coronel. Camilo era capitán tan sólo cuando la casualidad los puso nuevamente en contacto. No había existido nunca, á la verdad, entre los dos oficiales, cuando el servicio del rey Fernando VII les uniese aún bajo la misma bandera, una amistad entrañable. Diferencias de carácter y sobre todo de opiniones políticas separáronles desde los primeros tiempos; pero ¡qué mucho!, al fin y al cabo habían sido compañeros de armas, leales y corteses: eso de fusilar á un antiguo camarada no podía menos de parecer cosa muy dura al coronel Gomerano. Pero ¿qué remedio quedaba?.. Las leyes inflexibles de la guerra, de la ordenanza... de... de... la necesidad de represalias... el... Y Marcial, acongojado, buscaba fórmulas y paliativos, razonando con frase torpe, no sabiendo cómo hacer comprender á su prisionero la oportunidad de que se dejase fusilar.

— ¡Cómo ha de ser!, replicó el *reo* haciendo un esfuerzo sobrehumano para aparentar serenidad y para sonreír. Y añadió tras breve pausa. ¿A qué hora?

Marcial volvió á vacilar y á balbucear. Luego indicó á medias palabras, que las tropas acantonadas debían abandonar el pueblo al rayar el alba, y que por lo tanto era «conveniente» que todo quedase despachado antes de emprender la marcha.

Camilo se puso pálido. ¡Al rayar el alba!.. Había cerrado la noche por completo; corrían entonces los últimos días de junio, ¡y se levanta tan tempranito la aurora en este mes!

— Supongo, articuló el joven, que no se me rehusarán los auxilios de la religión.

— Claro que no, replicó vivamente Gomerano; estamos precisamente en la casa rectoral y el padre Lobo es un excelente sujeto.

— Y supongo también que antes se me dará de cenar.

— Sin duda..., ya lo creo. Cenarás con nosotros..., si te parece bien, exclamó Marcial encantado de que el prisionero tomase las cosas con tanta filosofía.

— Me parece de perlas. No me gusta estar solo en la mesa. Deseo que me trates bien... Ya ves..., será mi última comida... Recuerda que soy goloso y además que á los condenados á muerte no se les niega nada.

— Quedarás complacido. Lozano, dígame á la señora Mónica que se esmere y que nos dé lo mejor que haya en el corral y en la despensa del señor cura.

*
* *

Una hora más tarde, el capitán Montoro, sentado á la derecha del coronel, cenaba en compañía de la oficialidad carlista. Los comensales no podían menos de sorprenderse y de admirar la pasmosa serenidad del mozo que con un pie ya en el sepulcro manejaba tan gallardamente el tenedor y parecía olvidar por completo el tremendo epílogo que debía tener aquel banquete. Un sincero interés se pintaba en las miradas de todos, y aquellos hombres avezados á afrontar la muerte á diario se sentían el pecho oprimido ante la proximidad de la muerte ajena.

Entretanto la noche adelantaba... Camilo, charlando por los codos, bebiendo á más y mejor, procuraba mantener con una excitación febril aquel valor alegre, brillante, que quería desplegar hasta el último momento. Platificaba sonriente con unos y con otros, refería lances de guerra, anécdotas, chascarrillos..., y la noche seguía su curso.

Hacíase tarde: Gomerano, que no imaginara que la cena se prolongase tanto, había consultado más de una vez su reloj á escondidas; y nervioso, abstraído, no osaba, empero, insinuar á su convidado la *oportunidad* de levantarse de la mesa y de preparar el alma para cuidados más serios y apremiantes. Dos ordenanzas acababan de servir el café, y un viejo comandante, sacando una mugrienta petaca, ofrecía un cigarro á Montoro, diciéndole con voz bronca que procuraba hacer cariñosa:

— Tome usted, capitán; de veras siento no poder ofrecerle un buen habano, pero en campaña se fuma lo que se puede.

Brincó de repente Montoro sobre su silla... Tomó el cigarro, lo dejó sobre la mesa, y volviéndose hacia el coronel le preguntó con acento ligeramente tembloroso:

— Dime, Marcial, ¿tienes un buen tabaco habano?, ¿una breva legítima del Rey?

— No; aquí no gastamos más que puros franceses..., y gracias. Estoy seguro que ninguno de estos señores podría brindarte un cigarro decente.

Todos los oficiales movieron negativamente la cabeza, mirando al cristino, cuyos ojos brillaron de una manera extraña. Respiró con fuerza, y dirigiéndose de nuevo á Gomerano exclamó:

— En este caso, chico, te vas á ver en un compromiso. Lo siento por tí; pero si no me das un cigarro habano, una breva legítima, te encontrarás en la absoluta imposibilidad de fusilarme. No, no estoy loco, añadió observando las miradas de los presentes y el gesto de Gomerano. ¿Te acuerdas del último partido de pelota que jugamos cinco años atrás en Pamplona? ¿Recuerdas que te gané? ¿Recuerdas que el precio de la apuesta fué un cigarro habano? Pues bien: este cigarro habano no lo he fumado todavía: me lo debes; por consiguiente paga... antes de fusilarme.

Soltaron la risa los oficiales; tan buen humor en aquellos momentos les hechizaba. Gomerano sonrió á su vez y dijo:

— Sí; recuerdo todo eso..., creo que no nos habíamos vuelto á ver desde entonces...

— ¡Oh! No tomes la cosa á broma; paréceme que mi situación es bastante seria para andar con chanzas. Las deudas de juego son deudas de honor, y el honor no te permite fusilarme sin haber pagado antes.

El joven se había puesto en pie y hablaba con acento tan grave y vibrante, eran su rostro y su ademán tan enérgicos y tan solemnes, que los oficiales cesaron de reír y un silencio profundo reinó en la vasta sala. El mismo Gomerano, inmutado, permaneció un minuto inmóvil. Luego, con gesto severo y triste, dejó caer estas palabras:

— Camilo, se va haciendo tarde; es hora ya de que pienses en asuntos más serios y trascendentales para tu alma.

— ¡Poco á poco!, replicó violentamente el capitán; no eludas la cuestión y acuérdate ante todo, si eres caballero, de lo que significa un compromiso de honor y de lo que vale una palabra empeñada. Las apuestas que se pierden se pagan: que se trate de un millón, que se trate de un cigarro lo mismo da. ¡Señores!, añadió volviéndose hacia la oficialidad que escuchaba silenciosa y palpitante; ¡señores!, sois mis adversarios, sois mis enemigos, sois los enemigos de mi reina y de mi bandera, pero sois todos hombres de honor y á vosotros os hago jueces y árbitros de la cuestión: decidid en conciencia.

— ¡A fe mía!, dijo impetuosamente un jovencito que llevaba uno de los apellidos más ilustres de España, juro por mi nombre que el capitán está en su derecho.

— Creo lo mismo, opinó sentenciosamente el comandante veterano.

Y los demás, levantándose de sus asientos uno tras otro, confirmaron el fallo.

— Pero ¿y mi deber, mi consigna?, gritó Gomerano exasperado.

— ¿A mí qué me importa tu consigna? Cúmplela; pero antes cumple conmigo. Mi derecho es preferente al tuyo.

— ¿Pero de dónde demonios quieres que saque yo tu habano?

— Esto no es cuenta mía. El deudor es quien ha de proporcionarse los medios de pagar, no el acreedor. Quiero mi habano: arréglate tú como puedas.

La atención de los circunstantes estaba tan absorbida, que ninguno paró mientes en un nuevo personaje que desde algunos minutos era mudo testigo de aquella extraña escena. Envuelto en un holgado manto militar, cubierta la cabeza por una boina de la que pendía rica borla de oro, plantado junto al umbral de la puerta escuchaba inmóvil. Por último se adelantó hasta el sitio donde estaban sentados los dos principales actores del lance, y la luz de los candiles iluminó su semblante atezado, severo.

— ¡D. Rafael!, murmuraron los oficiales levantándose á un tiempo y guardando una actitud respetuosa.

— Coronel, dijo el recién llegado con acento breve, frío, cumpla usted la palabra dada; ahí tiene un habano legítimo; déselo usted á este caballero.

Y su diestra alargaba á Gomerano un magnífico cigarro, que Marcial tomó haciendo un saludo militar y entregó á Montoro. Este había palidecido es-

pantosamente, pero logró reponerse al punto, é inclinandose con extremada cortesía dijo:

— Un millón de gracias, mi general.

— Supongo, replicó éste, que ahora estará usted dispuesto á...

— ¿A morir?, continuó el capitán con altanería y terminando la frase del caudillo carlista, sí, señor. Pero supongo también que V. E. me dejará fumar antes mi habano; de lo contrario no me explicaría el obsequio.

— Fume usted, capitán; esperaremos.

Durante media hora reinó en la sala un silencio de muerte que nadie se atrevía á interrumpir. Montoro, impávido, desdeñoso, haciendo gala ante aquellos adversarios de su causa y de su vida, que le contemplaban con mal oculta admiración, de un valor sin debilidades, aspiraba tranquilamente el humo del exquisito habano y seguía con la vista las blancas espirales que subían hasta el techo después de flotar como leves y aromáticas nubecillas. Los dos tercios del largo veguero estaban ya consumidos, cuando el fumador se puso en pie para dirigirse á D. Rafael y decirle sonriendo:

— General, este cigarro es riquísimo, pero demasiado largo y no quiero abusar de la amabilidad de V. E. ni robarle un tiempo precioso. Señores, cuando ustedes gusten...

Al mismo tiempo tiraba la punta del cigarro, que con gran sorpresa de todos recogió el general para alargarlo á Montoro, mientras con su acento impasible le decía:

— No tire usted esta colilla, capitán; sería una ingratitud... Conserve usted mientras viva los restos de un cigarro al que debe usted la vida y la libertad.

Y ahí tiene el lector explicado por qué en la capilla de la Virgen del Salto hay, entre varios exvotos, un relicario de plata, larguirucho, al través de cuyo cristal se ve una colilla de puro.

JUAN BUSCÓN

EL GENERAL DE BRIGADA

D. HIGINIO DE RIBERA

Vivo está todavía el recuerdo de la entusiasta despedida que el pueblo de Barcelona tributó á los batallones que constituyen la brigada del general Ribera. El ayuntamiento en pleno y la población en masa acudió á los muelles para obsequiar y aplaudir á los valientes soldados, jefes y oficiales que abandonaban cuanto podía serles más querido para defender en tierra africana los derechos de la patria. Todos partieron animados de levantados propósitos, en todos podía observarse igual entusiasmo, dispuestos á demostrar en los combates cuán justificado fué el cariñoso saludo de la ciudad de los condes.

No cabe dudar que en Melilla cumplirán como buenos, con mayor motivo si se tiene en cuenta el prestigio y las dotes militares que tanto distinguen al caudillo, al jefe superior que ha de dirigirlos en el combate. El historial del general Ribera es garantía de que la primera brigada del 4.º cuerpo de ejército dejará bien sentado su pabellón en los campos de Melilla.

D. Higinio de Ribera estudió en el colegio de Toledo, siendo promovido á alférez con destino al batallón de cazadores de Arapiles en 1.º de enero de 1861. En el siguiente año de 1862 fué trasladado al de Ciudad Rodrigo, y en el de 1865 nombrósele ayudante del general Rubín, capitán general de Granada, en cual cargo cesó en 1866 para ocupar su puesto en el citado batallón de Ciudad Rodrigo, tomando parte en la acción de Llinás de Marcuello, y por este hecho de armas fué ascendido al empleo de teniente en 1867.

En 1868 fué destinado al batallón cazadores de Barbastro, que se hallaba de guarnición en Málaga, encontrándose en varios combates librados por las tropas con los republicanos, ascendiendo á capitán en dicho año por méritos de guerra, con destino al regimiento de Saboya. En 1872 fué trasladado al de América, en el que empezó la campaña contra los carlistas, formando parte de las columnas de Mola y Martínez, Macías, Gamir, Baldrich, Cabrinety y Mercado, hasta que con motivo de los sucesos promovidos por la indisciplina del ejército pidió el reemplazo para Vigo, su pueblo natal, en donde permaneció hasta 1874, en cual fecha volvió á incorporarse al ejército activo, sirviendo á las órdenes del general D. Pedro Esteban, tomando parte en gran número de hechos de armas, entre ellos el de Prats de Llusanes, toma de Olot por el general Martínez Campos, y sitio y toma de Cantavieja. Por los méritos contraídos en estas acciones fué ascendido á comandan-

te, teniente coronel y grado de coronel, confiriéndosele el mando del batallón de la reserva núm. 34, cuya organización llevó á cabo. En 1876 fué ascendido por el rey D. Alfonso XII á coronel, confiándosele el mando del batallón cazadores de Alfonso XII.

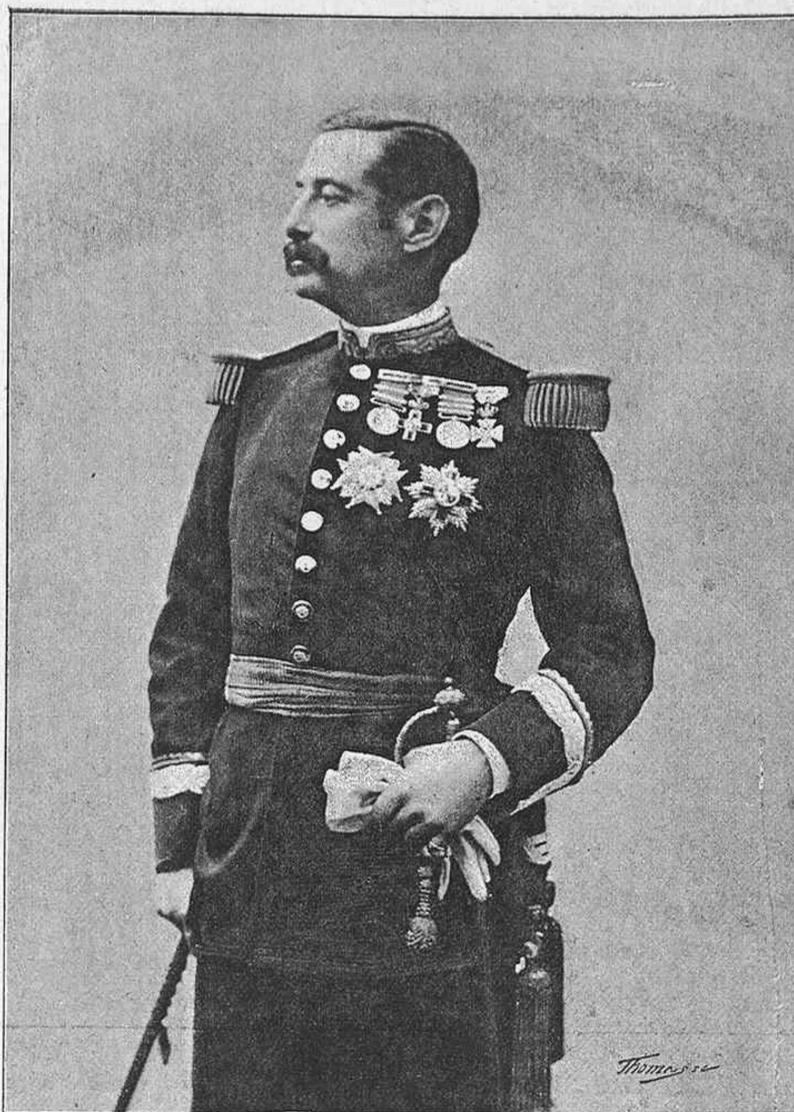
Desde 1884 á 1891 desempeñó el cargo de comandante militar de la plaza de Puigcerdá, hasta que fué ascendido á general de brigada en 5 de noviembre de 1891. Mayor espacio del que podemos disponer sería preciso para enumerar los eminentes servicios que prestó á la heroica villa durante el largo período que desempeñó la comandancia general, ya que entre ellos figuran importantísimas mejoras de beneficiosos resultados para aquella población. Puigcerdá ha sabido demostrar en cuánto estima los esfuerzos y la afición que por ella siente el general Ribera nombrándole su hijo adoptivo y ofreciendo el raro hecho de haber llevado á cabo una suscripción verdaderamente popular para ofrecerle un bastón de mando, en la que tomaron parte todas las clases sociales, contribuyendo el obrero con su modesto óbolo.

Tal es el general D. Higinio de Ribera, con cuya amistad nos honramos, y al que dedicamos estas líneas y publicamos su retrato como muestra del cariño y consideración que nos merece tan bravo y distinguido militar, haciendo fervientes votos para que él y la brigada á sus órdenes regresen pronto á nuestra ciudad con los laureles de la victoria y sin que su regreso haga derramar lágrimas por los que no puedan ya volver al hogar de la familia. - X.

¡TILÍN... TOLON!..

- Me pides, hija mía, un consejo, dijo el cura de Villavieja, y bien sabe Dios que no sé qué aconsejarte.

- Padre, añadió Rosa, la muchacha



EL GENERAL DE BRIGADA D. HIGINIO DE RIBERA

jefe de la brigada que salió de Barcelona para Melilla el día 14 del actual (de fotografía de A. y E. F. dits Napoleón)

más bonita del pueblo, ya sabe usted que Pacorro es todo un hombre de bien...

- Sí, hija mía, pero ¿qué quieres que te diga? Eso del matrimonio es muy grave asunto, y yo, la verdad, no me atrevo á decirte nada. Pacorro es, en efecto, todo un buen muchacho, pero el diablo las enreda; la vida de casado es muy distinta á la que hace ahora, será para él una vida nueva; todo tiene sus quiebras en este mundo, y el que ahora es un mozo enamorado puede luego volverse un marido gruñón é insoportable... Nada, nada; no quiero cargar mi conciencia con la responsabilidad de un matrimonio que lo mismo puede salir bien que mal... No faltaría luego quien me echara la culpa...

- ¡Padre!, suplicó la muchacha.

- Esto es muy delicado, insistió el cura; consulta con tu madre, nadie mejor que ella podrá leer en el porvenir de su hija: el corazón de una madre no se engaña nunca.

- No me atrevo..., antes quiero que su *mercé*, tan bueno, tan amable, me aconseje y me guíe.

- No puedo, no debo... Además, ¿tú le quieres?

- Con toda el alma, padre.

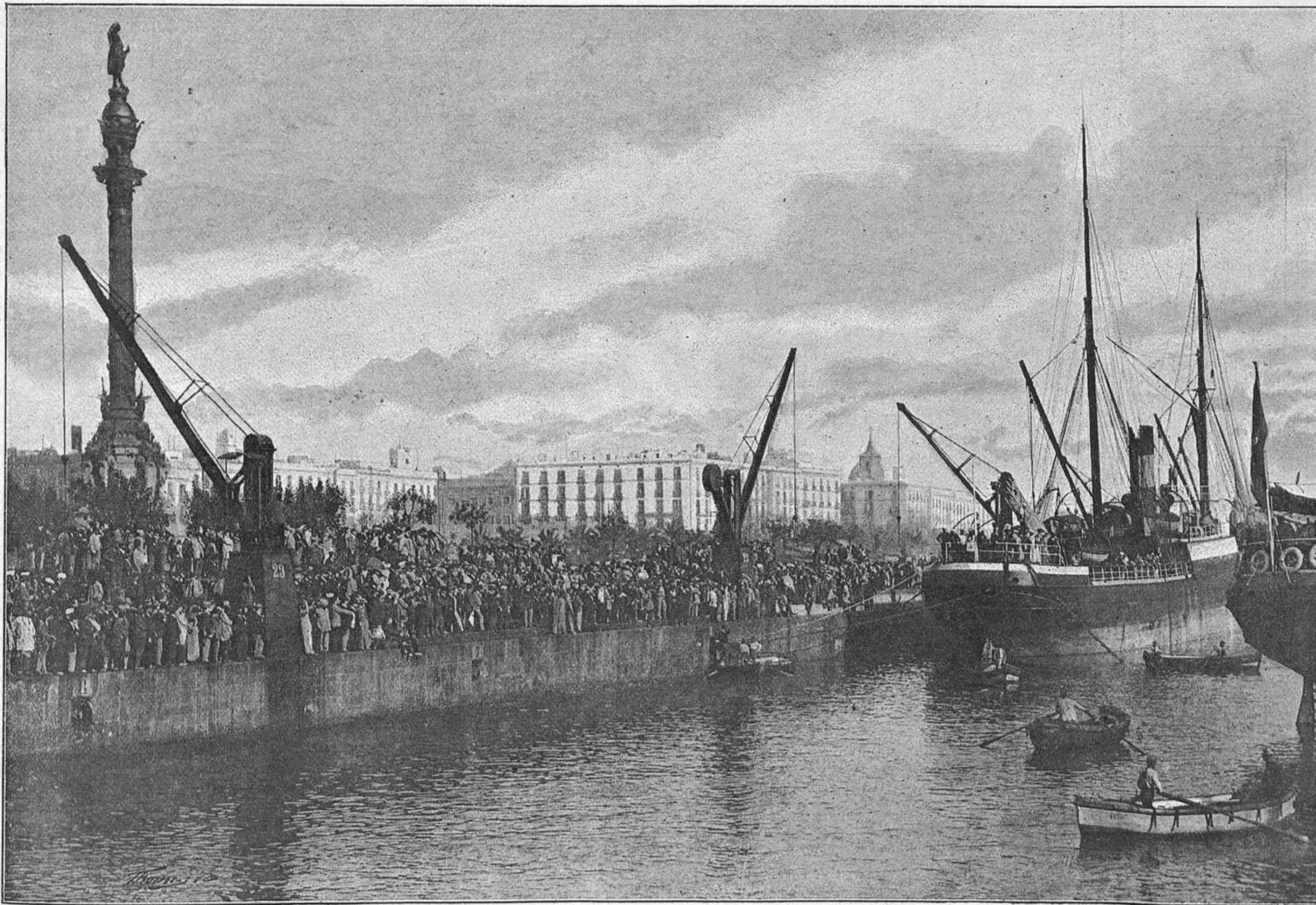
- Pues entonces, ¿á qué aconsejarte? Sería en vano; de todas maneras, á los quince abriles, y enamorada por añadidura, siempre harás lo que mejor te venga en ganas...

- No, padre...

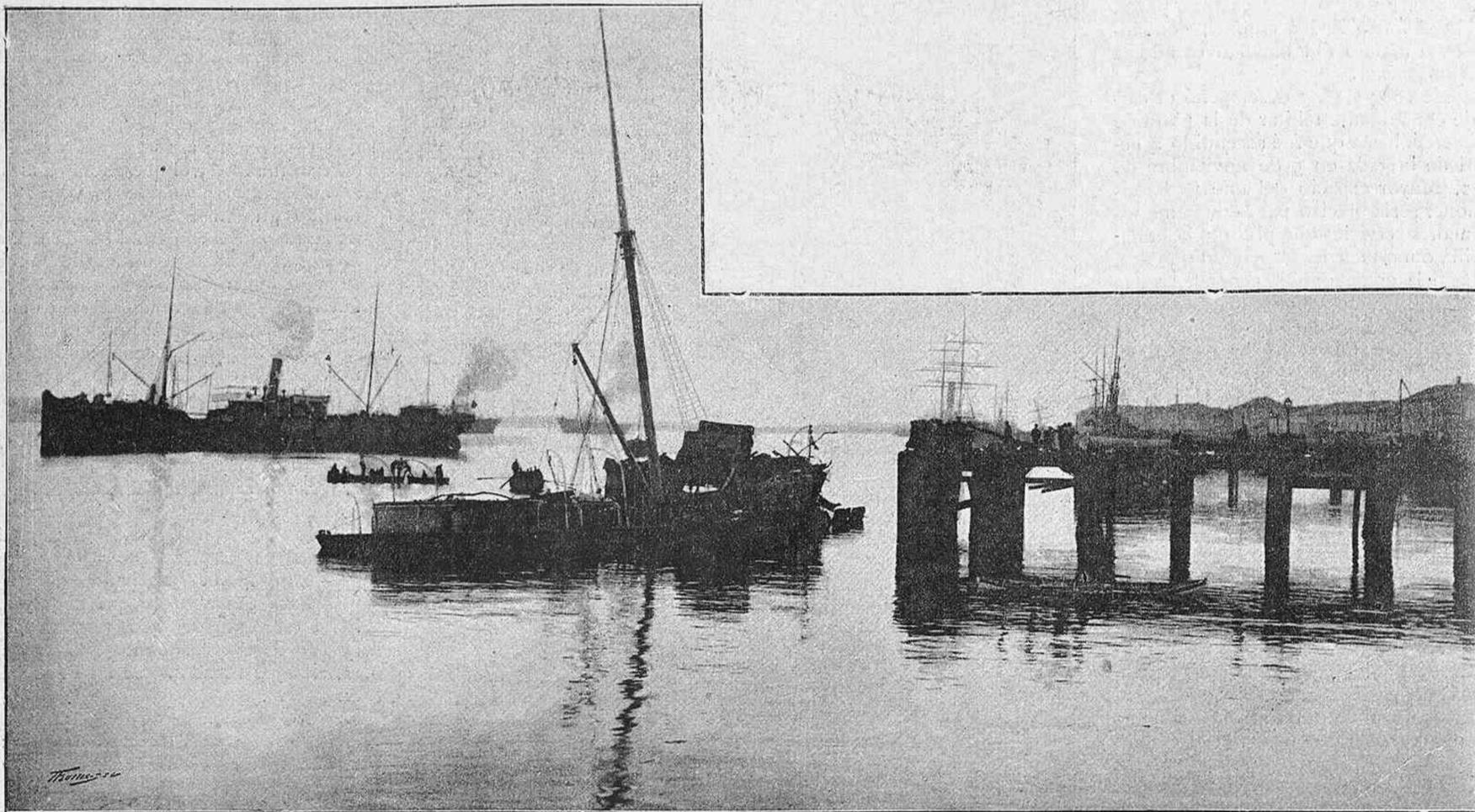
- Pues entonces, nada de consejos: no seré yo quien ejerza presión en ese corazón de oro; pero oye una conseja, y luego que la hayas oído, quédate con la moral del cuento.

- Pues ya escucho, padre.

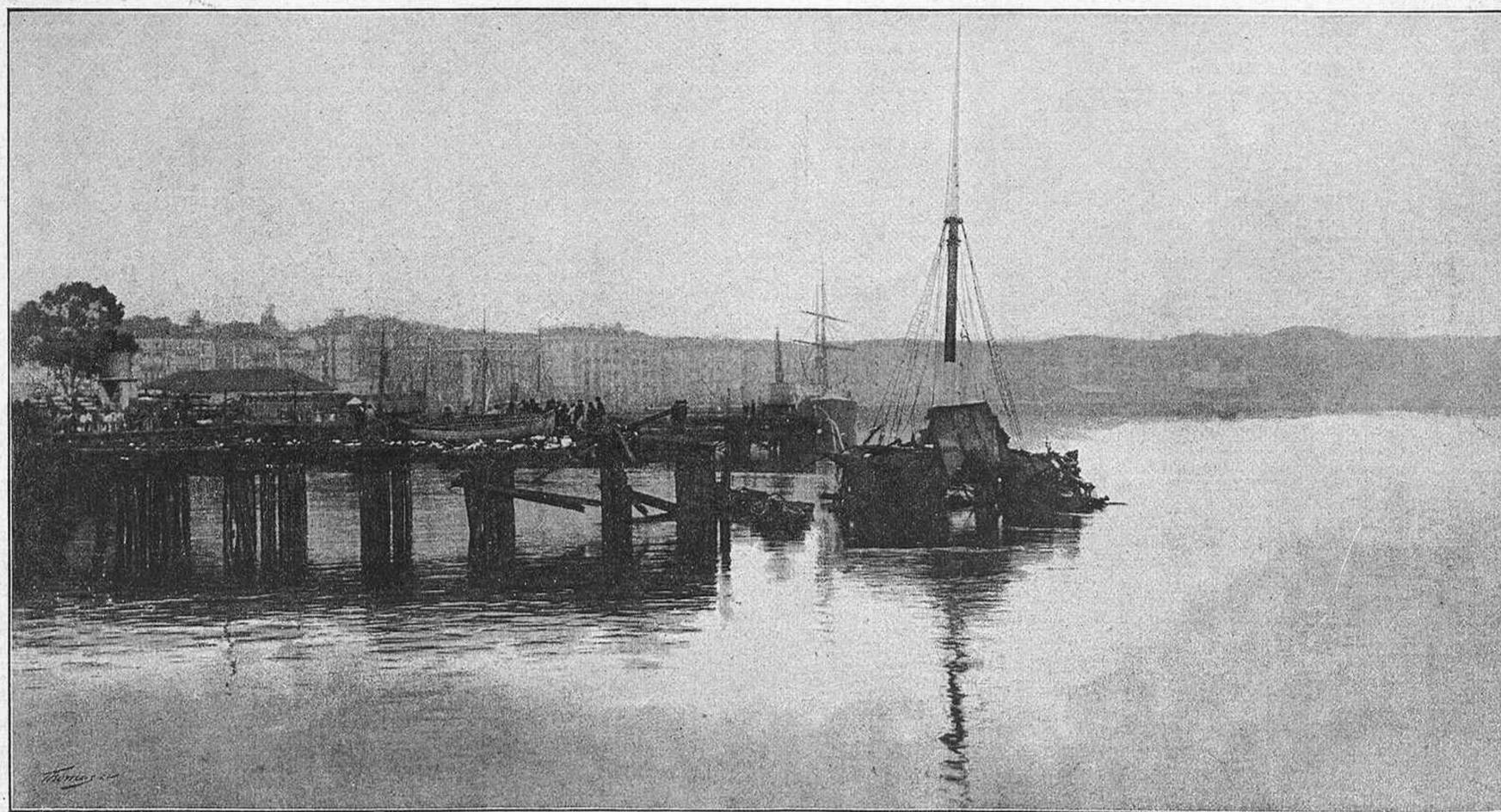
Y el bueno del sacerdote, sacando el pañuelo de hierbas y limpiándose el sudor que corría por su espaciosa frente, se sentó en el banco de piedra, en que Rosa se arrellanaba, en el poyo de la puerta de la iglesia. ¡Qué grupo más encantador



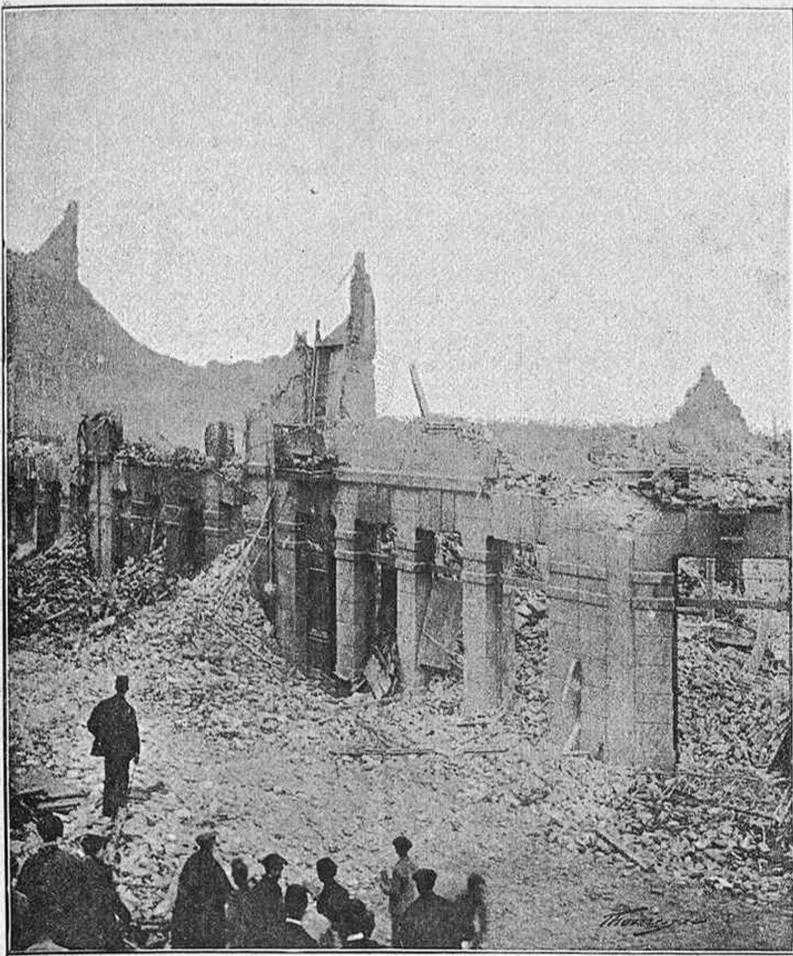
BARCELONA. - EMBARQUE DE TROPAS PARA MELILLA (de fotografía de Xatart)



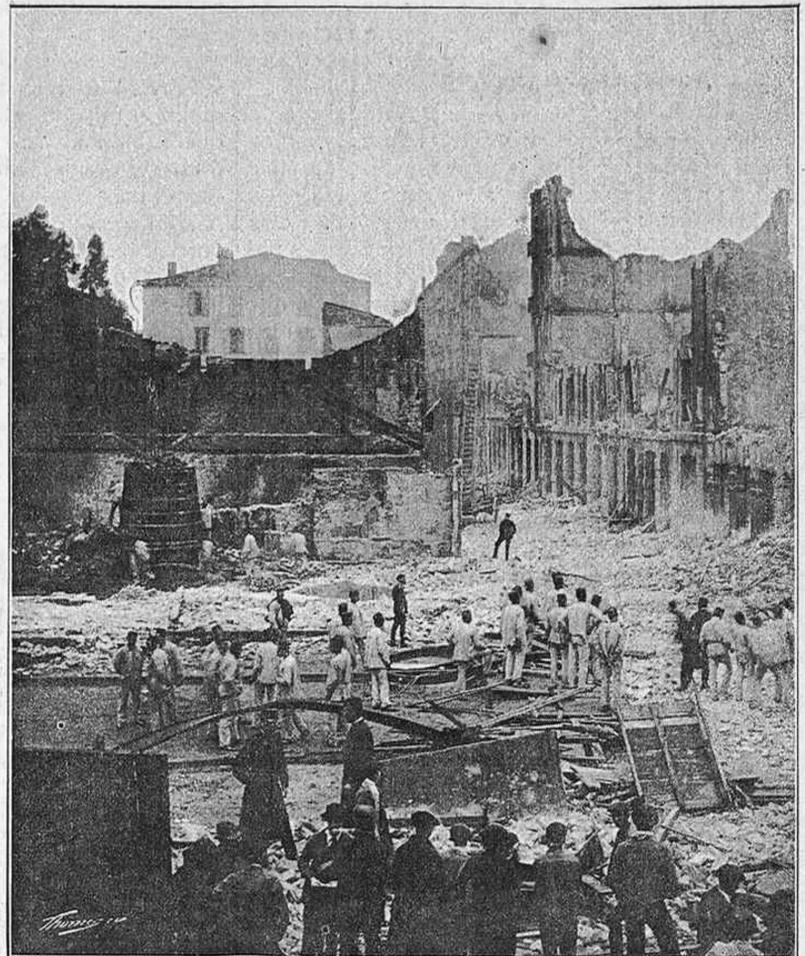
SANTANDER. — EL VAPOR «CABO MACHICHACO:» VISTA TOMADA POR LA POPA DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN
(de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegú)



SANTANDER. — EL VAPOR «CABO MACHICHACO:» VISTA TOMADA POR LA PROA DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN
(de fotografía de D. L. Linacero, remitida por D. Antonio Berdegú)



SANTANDER. - CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ



SANTANDER. - CALLE DE MÉNDEZ NÚÑEZ



SANTANDER. - CALLE DE CALDERÓN DE LA BARCA: EDIFICIO DE LA COMPAÑÍA SINGER Y AUDIENCIA (de fotografías de D. L. Linacero remitidas por D. Antonio Berdegú)

y más sencillo formaban la joven y el anciano! Si aquello no era una confesión, bien sabe Dios que el grupo del clérigo y la aldeana era tan hermoso como severo y tan natural como agradable.

He aquí cómo comenzó el cura:

«En un pueblecito que antes había muy cerca de aquí y cuyo nombre no hace á mi relato, habitaba una hermosísima zagala, de gracias muchas, de años muy pocos y de nombre Rita. Vivía con su madre en uno de los cortijos del tío Lucas, y aunque una y otra no gozaban de vida muy desahogada — que jamás fué de labradores el ser felices por completo, — nunca les faltaba en el camaranchón tocino añejo, vino de dos años y hogaza de dos libras. Rita era la moza más garrida del contorno en diez leguas á la redonda; los zagales iban de los pueblos comarcanos tan sólo para verla, y en verdad que la chica lo merecía. ¡Con qué desenvoltura llevaba la mantellina en día de fiesta; con qué sal bailaba en la plaza al son del tamboril; cómo repicaba las castañuelas, y con qué gracia salía de la iglesia, llevándose detrás todo el cortejo de los chicos solteros de la aldea! Alguna vez su presencia en la iglesia distrajo de la meditación religiosa á algún muchacho, y más de una vez el mozo que ayudaba á misa, por mirar á la joven de hito en hito, confundió un «kirie» con un «ora pro nobis» y se ganó un regaño del páter por volver la cara adonde estaba la zagala.»

El padre hizo una pausa y continuó:

«El tío Lucas tenía un hijo, alto como una palmera y fuerte como un roble; orgulloso como hijo del ricacho, tenía en cambio un corazón como un bendito y un gusto refinado como un sibarita. Una tarde de baile en el ayuntamiento, el mozo declaró á Rita sus amorosas ansias con toda la rudeza de que es capaz un aldeano, pero con toda la sinceridad de quien no sabe mentir y con toda la fogosidad de una pasión cierta. Rita, que ya sentía simpatías por el mozo y que tampoco andaba muy fuerte en tiquismiquis de palabrería, accedió al punto á las pretensiones del muchacho, sin reparar, en su inocencia, que aquel á quien entregaba el corazón era el hijo de su amo, el heredero del primer contribuyente de la aldea, el primogénito del tío Lucas. Desde aquel día los novios, en la creencia de todos los enamorados, que piensan que todo lo iguala y lo vence el amor, los dos muchachos dieron principio á unas relaciones amorosas que sólo advirtió D. Casto, que así era como llamaban al padre cura del lugar; después las supo la madre de Rita, más tarde el tío Lucas, que puso el grito en el cielo, y luego los treinta vecinos de la aldea, que se dieron á murmurar como otras tantas comadres resentidas.

»Un día, al ponerse el sol, llegó Rita á casa del señor cura, á la sazón en que éste se hallaba rezando las oraciones. «Vengo, le dijo la muchacha, á que usted me aconseje qué es lo que debo hacer; el tío Lucas y mi madre dicen que ó me caso en seguida con Luis ó que se han acabado las relaciones, que ya van para largo. Luis consiente en que nos casemos; de mí depende tan sólo..., ¿qué hago?» El bueno de D. Casto se vió tan perplejo como yo, ahora que tú me pides también el consejo; la muchacha llorosa y suplicante le apremiaba como tú á mí, y ya iba haciéndose monótono el silencio, cuando D. Casto, subiéndose á la frente las antiparras, dijo: «Hace tiempo, hija mía, que vengo observando tus amores y conozco tu corazón mejor que el mío; pero el caso te aseguro que es de conciencia... Tú quieres mucho á Luis, ¿verdad?.. Pues mira, cuando mañana suene el toque de oraciones en la iglesia, pon el oído atento á las campanas; reza, reza mucho y procura enterarte de lo que dicen...» «Pero, padre, preguntó Rita, ¿las campanas hablan?» «Sí, hija mía; escúchalas mañana... Si las campanas dicen *tilín, tilín!*, cástate con tu novio, no dudes un instante, es que dicen que sí; pero si oyes, por el contrario, que las campanas dejan oír ásperamente su *tolón, tolón!*, no cedas, es que dicen que no con energía, y es que debes romper tus relaciones con el hijo de Lucas y dar al olvido estos amores.» Al siguiente día, á eso de las seis, cuando ya el sol empezaba á colorear de rojo la campiña, Rita oraba fervorosamente en la iglesia, ante aquella imagen que la vió bautizar, y cuando el crepúsculo oscureció la aldea, y las tinieblas se hicieron más densas, y sólo turbó la tranquilidad del templo el chisporrotear de alguna lámpara de aceite que se apagaba en alguna hornacina, las campanas principiaron á sonar. El toque de ánimas se escuchó sonoro retumbando en la bóveda, Rita puso toda su atención en los oídos, sintió como si el corazón le latiera más fuerte y la sangre se le subiera al cerebro, escuchó, y ¡oh, alegría!, las campanas decían claramente *tilín... tilín!*; no cabía duda, eran ellas que decían dulcemente que sí, que sí... en sus lenguas de bronce. A los pocos días Rita se unió en

lazo indisoluble con el hijo del ricacho; á la boda asistió el padre cura como era natural, y cuando, acabado el baile, Rita se acercó al padre diciéndole gozosa: «Las campanas dijeron que sí,» contestó el cura sonriendo tristemente: «Las campanas siempre han dicho lo mismo; estabas enamorada de Luis, y aunque hubieran dicho *¡tolón!* en el más bronco de sus tonos, el deseo las hubiera hecho sonar en tus oídos con el más argentino y agudo *¡tilín!*»

Al llegar aquí, Rosa clavó sus negros ojos en el cura, y con gran interés, reflejando la curiosidad en su linda cara, preguntó:

— Señor padre, ¿y fueron felices Rita y Luis?

A lo que contestó el cura levantándose del poyo de piedra:

— No, hija mía; yo también había oído el toque de oraciones y las campanas habían dicho *¡tolón... tolón!*.

P. GÓMEZ CANDELA



Bellas Artes. — El dentista norteamericano residente en París Dr. Evans, el mismo que en 4 de septiembre de 1870 acogió en su casa á la destronada emperatriz Eugenia y la ayudó á huir á Inglaterra, ha hecho donación á un comité de patriotas suyos que cuida del alojamiento de las muchas artistas que de los Estados Unidos acuden á la capital de Francia, de un magnífico edificio situado en el arrabal de Passy, en el cual serán admitidas 50 pensionistas. La casa tendrá, además de las habitaciones, salones de reuniones, de conversación y de lectura y un gran jardín. Las pensionistas podrán seguir sus estudios en los talleres y cátedras de París que tengan por conveniente.

— El arquitecto A. Messel, de Berlín, ha terminado el proyecto de Museo que ha de erigirse en la ciudad de Darmstadt; el edificio será del mismo estilo del Renacimiento, algo barroco, del palacio-residencia del gran duque; y su construcción costará 1.775.000 pesetas.

— La memoria oficial de los Museos de Berlín correspondiente al segundo trimestre del presente año da cuenta de muchas y muy valiosas adquisiciones. La Galería de Pinturas se ha enriquecido con dos obras de gran mérito: una figurita de mujer, de Alberto Durerro, del periodo de su segunda estancia en Venecia, que ha sido comprada en Londres y que es una obra maestra de dibujo, modelado y finura de color, y *La muerte de María*, precioso cuadro regalado por el Sr. Wernher, alemán residente en Londres, de la antigua escuela flamenca, que unos atribuyen á Durerro y otros á Schongauer y que según parece formaba parte de la galería Sciarra, de Roma. En punto á esculturas se han adquirido un relieve de sepulcro ático que representa á un niño con un pájaro en la mano; otro relieve de Donatello, *La flagelación de Jesucristo*; cuatro relieves de altar, de Daucher; una *Adoración de los Reyes*, de un ilustre escultor augsburgués; un altar procedente de Hesse, y un retablo suabio del siglo XVI. A la colección de esculturas han sido regalados además varios objetos procedentes de la venta Spitzer celebrada no ha mucho en París, trabajos en marfil, en boj, en piedra y en bronce de la Edad media y varias tablas de Donatello, Riccio y otros. Para el Monetario se ha comprado la colección de Dannenberg, compuesta de 5.000 piezas, muchas rarísimas y muy artísticas. También se han hecho importantes adquisiciones para el Gabinete de Grabados, para el Antiquarium y para la sección egipcia. Con destino á la Galería Nacional se han comprado en 18 430 pesetas dos cuadros de Wisniewski y uno de Scheurenberg, y en 2 844 tres dibujos de Menzel y varios de Neher y Wernher.

— En Londres se han celebrado recientemente varias exposiciones artísticas parciales. En la de la Real Sociedad de Artistas británicos han llamado la atención un grandioso paisaje, de composición sencilla, pero de mucho efecto, de J. Ollson; otro, de grandes dimensiones también, de Adán E. Proctor, que es un hermoso estudio del natural; un grupo de mujeres en el mercado de Dordrecht, de G. C. Haite; un niño, de Sherwood Hunter; un gracioso *Juicio de París*, de R. Machel; dos acuarelas, de Wyke Bayliss, presidente de la Sociedad, que representan la iglesia de Fra Angélico en Fiesole y una basílica de Roma, y otras varias obras de F. Cavley Robinson, R. Morley, A. W. Strutt, Corbould, Carlton Smith Lomax, Almond y algunos más.

En la Galería Burlington, Mr. Carlos Sainton ha expuesto una colección de primorosos dibujos hechos por el procedimiento de punta de plata, que consiste en dibujar con un estilete de plata sobre una plancha esmaltada y que estuvo muy en boga en los siglos XV y XVI. Los dibujos de Mr. Sainton se distinguen por su finura y precisión de líneas.

En la Galería Tocht se han exhibido magníficos cuadros de Carlos Muller (Un patio del palacio de los dux de Venecia y una fiesta veneciana, *La Scalpa*), de Linell (Paisaje de otoño), Jhon Gilbert (Guerreros medioevales atravesando un bosque), Bouguereau (Ofrenda al Amor, que figuró en el último Salón de París), Dagnan Bouveret (En el bosque, que tanto llamó la atención en el Salón del Campo de Marte de París, de este año), Logsdail (El Banco de Inglaterra, lleno de vida y movimiento), Deutsch (Escena oriental), Alma Tadema (Rivales sin saberlo), Kiesel (una cabeza de muchacha lindísima) y Favretto (un grupo de jóvenes venecianas).

— En la última Exposición internacional de Bellas Artes celebrada en Munich ha obtenido una medalla de segunda clase el célebre pintor español Luis Alvarez.

— De la Galería de Pinturas de Wiesbaden ha sido robado un cuadro de Kronberger de 21 centímetros de alto por 16 de ancho: titulase *Crónica alegre* y representa á un anciano monje leyendo.

Teatros. — En el teatro de la Corte, de Weimar, se ha estrenado una ópera en tres actos de Meyer Olbersleben, titulada *Clara Dettin*: el libreto tiene por asunto los amores del conde

palatino Federico I y Clara Dettin; la música es muy agradable, sobre todo la del segundo acto, que produce gran efecto.

— En Cracovia se ha inaugurado recientemente el teatro Nacional Polaco, que es un magnífico edificio.

— En el teatro Alfieri, de Turín, se ha estrenado con entusiasmo éxito un drama de Camilo Antona Traversi, titulado *Danza macabra*.

— En el teatro de la Corte, de Munich, y en el de la Ciudad, de Colonia, se ha representado por primera vez en ambos la ópera de Mascagni *I Rantzau*, con mediano éxito.

Gounod dejó por terminar una ópera *Maitre Pierre*, cuyo libreto, de Luis Agallet, tiene por argumento los amores de Abelardo y Eloisa. Dicese que Colonne, el antiguo director de la Gran Opera, que se propone construir un nuevo teatro Lírico, trata de adquirir aquella partitura, en la que, según parece, hay gran inspiración y mucho sentimiento místico.

— Massenet ha terminado una ópera en un acto, *Le portrait de Manon*, que se representará en la Opera Cómica de París y actualmente está trabajando en una ópera titulada *La Navarraise* y destinada al Covent Garden, de Londres.

— En Milán se ha estrenado con gran éxito la ópera de Leoncavallo *I Medici*, primera parte de la trilogía que está componiendo y que completarán *César Borgia* y *Savonarola*. Aunque la nueva ópera contiene toda ella grandes bellezas musicales, sobresale el acto tercero, que fué éstreptosamente aplaudido.

París. — En la Renaissance ha sido un acontecimiento el estreno de *Les Rois*, drama en cuatro actos que Jules Lemaitre ha tomado de su novela del mismo nombre: de argumento interesante, desarrollado en escenas de gran vigor dramático, especialmente en los actos segundo y cuarto, y admirablemente escrito, *Les Rois* ha sido considerada como obra maestra. En su desempeño ha estado á gran altura Sarah Bernhardt. En los Bouffes Parisiens ha tenido muy buen éxito la opereta en tres actos *Mam'selle Carabin*: el libro, de F. Carre, recuerda en algunas escenas la *Vie de Boheme*, de Furger; la música, de Pessard, es inspirada, graciosa y está muy bien instrumentada. En el teatro Libre se ha estrenado un interesante drama, *Une faillite*, adaptación del de Bjoernstjerne Bjoersson: tal autor, compatriota de Ibsen, es en el teatro todo lo contrario de éste; es simplemente autor dramático, no poeta reformador, y su filosofía es menos elevada, pero más clara y más real que la del autor de *Pere Gynt*. En los Bouffes du Nord ha tenido gran éxito *Un ennemi du peuple*, que ha puesto en escena la sociedad L'Oeuvre y que es sin disputa una de las mejores obras de Ibsen. En el Palais Royal se ha estrenado con éxito mediano una entretenida comedia de Meilhac y Saint Albin, titulada *Leurs Gigolettes*. En el teatro Cluny se ha estrenado con buen éxito una revista de espectáculo, *Ah! la pau... la pau... la pau*, de Miller y Gandillot.

Madrid. — En el Real se ha cantado con mediano éxito la ópera *Fidelio*, de Beethoven, habiéndose aplaudido solamente la sinfonía y el prelude del tercer acto; con escaso éxito también se ha cantado *La bella fanciulla di Perth*, de Bizet. La tiple señora Gargano, que ya cantó en aquel coliseo el año pasado, ha obtenido en *Luccia* un triunfo que con ella ha compartido Marconi. En la Comedia se ha estrenado con gran aplauso la comedia de Enrique Gaspar, *Huelga de hijos*, que estrenó el último verano en esta ciudad el Sr. Mario; se ha estrenado también un gracioso juguete en un acto de Eduardo Lustonó, *Manzanos y guindos*. En Lara se han estrenado con buen éxito dos juguetes en un acto, *El brazo derecho*, de Arniches y Lucio, y *El bastón*, primera obra de Luciano Boada. En el teatro Moderno continúa trabajando con excelentes resultados la compañía Emmanuel-Reiter, de quienes hace grandes elogios la prensa madrileña.

Barcelona. — En el teatro de la Granvía se han estrenado un interesante melodrama, *El bisabuelo ó la familia Fauvel*, arreglo de D. Eduardo Vidal y Valenciano, y *La Nana*, parodia de *Mariana*, de D. Manuel Rovira. En Romea se ha estrenado con excelente éxito un drama en tres actos de D. Francisco J. Godo, titulado *La Mare de Deu del Mont*.

Necrología. — Han fallecido recientemente:

Ossip Ivanovitch Kablitz, escritor ruso más conocido bajo el seudónimo de Inoff

Mauricio Manuel Lansyer, notable marinista y paisajista francés.

Gustavo Mutzel, famoso pintor de animales berlinés y excelente dibujante.

Mr. Carter H. Harrison, alcalde de Chicago.

Carlos Bodmer, paisajista, litógrafo y grabador suizo, uno de los últimos sobrevivientes de la escuela de Barbizon.

Pedro Eugenio Emilio Hebert, escultor francés, autor de multitud de esculturas alegóricas y de bustos retratos.

Le Fort, vicepresidente de la Academia de Medicina de París, uno de los primeros cirujanos de Francia y de los más estimados catedráticos de la Universidad parisiense.

Juan Matejko, el primero de los pintores polacos contemporáneos, ex director de la Academia de Bellas Artes de Cracovia, la mayoría de cuyos cuadros reproducen hechos de la historia de Polonia.

Eduardo Schleich, paisajista muniquense.

Pedro Iljitsch Tschalkowsky, uno de los más notables compositores rusos y de los que más han atendido en sus obras al elemento nacional: entre sus principales obras se cuentan las óperas *Mazepa* y *Eugenio Oneguine*, los bailes *Snegourochka* y *Casse-Noisette* y el poema sinfónico *La Tempestad*.

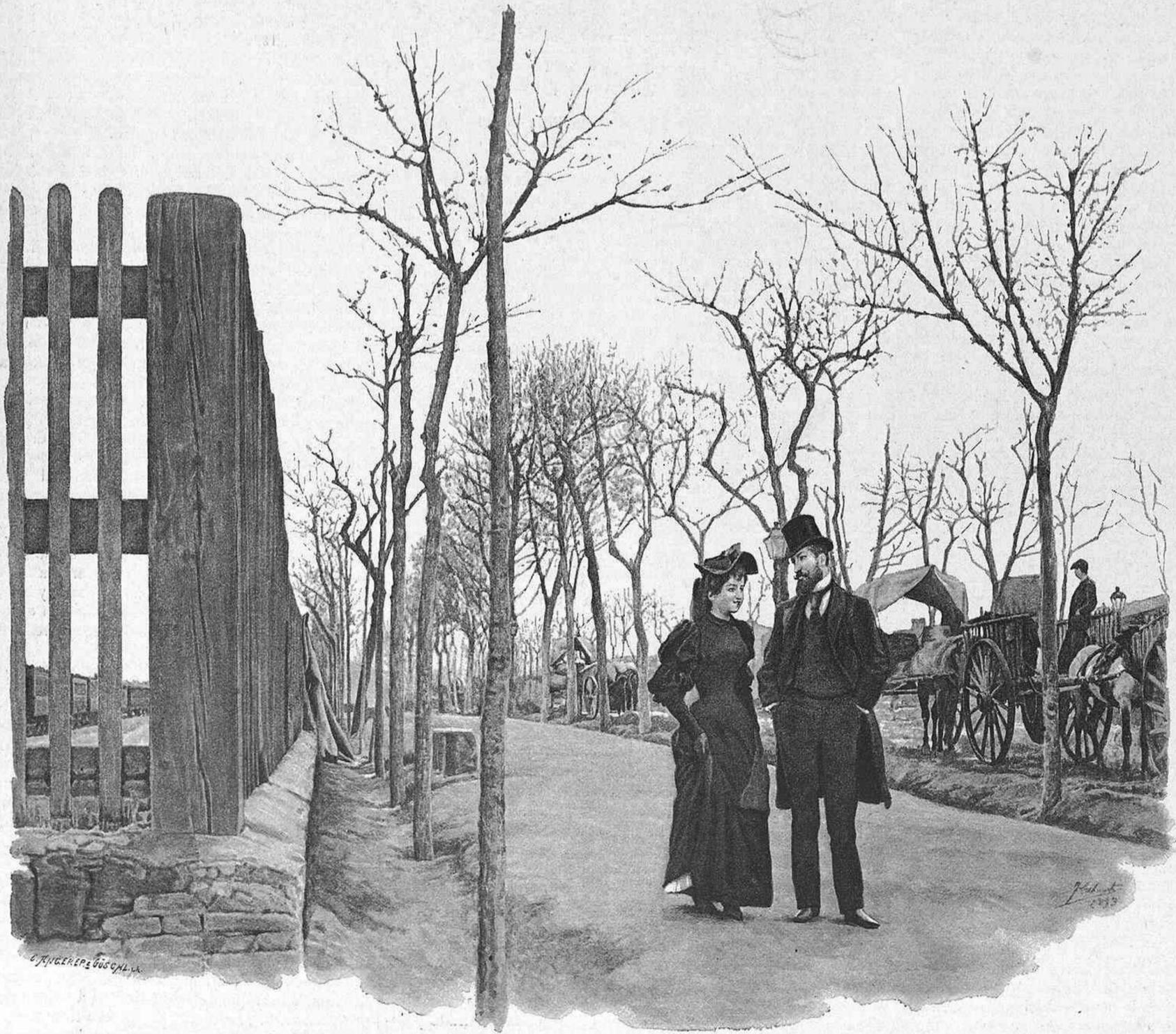
Sir Andrew Clark, famoso médico inglés, presidente del Colegio de Médicos de Londres.

Pedro Laffitte, profesor de Historia general de las Ciencias en el Colegio de Francia, uno de los discípulos predilectos de Augusto Comte y de los más entusiastas propagandistas del positivismo.

G. Mutzel, notable pintor de animales y dibujante berlinés, especialmente conocido por haber ilustrado la popular *Vida de los animales*, de Brehem.

Pedro M. Tirard, uno de los políticos franceses contemporáneos más importantes: fué ministro de Agricultura y Comercio en 1879 y en 1882 y de Hacienda en 1882 y 1889 y presidente del Consejo de Ministros en 1887 y 1889.

Recomendamos el verdadero Hierro Bravais, adoptado en los Hospitales de París y que prescriben los médicos, contra la Anemia, Clorosis y Debilidad; dando á la piel del bello sexo el sonrosado y aterciopelado que tanto se desea. Es el mejor de todos los tónicos y reconstituyentes. No produce estreñimiento, ni diarrea, teniendo además la superioridad sobre los ferruginosos de no fatigar nunca el estómago.



... se fueron por aquellas soledades altas de la corte, charlando mucho, mucho...

LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINET

(CONTINUACIÓN)

Luis no se acostó: á las nueve era el entierro de la señora de Suárez y no podía faltar. ¿Quién, si no, acompañaría el cadáver de la infeliz hasta la última morada?

A las ocho de la mañana salió, cuando su esposa, que no se había levantado, lo suponía descansando, y á las doce volvió, después de haber cumplido con exceso los deberes que su alma noble y su filantropía le habían impuesto.

Comprendió que con la nueva salida matutina había perdido en el buen humor de su esposa cuanto con acompañarla hasta las seis de la mañana ganara; pero ¿qué hacerle?

La discusión fué agria: Luis salió de casa enojado y volvió á la hora de comer: comió sin dirigir á Camila ni la mirada ni la palabra, y ésta, haciendo alarde de su mal humor, desfogábalo con los criados. Sabía lo mucho que á su marido mortificaba que riñese á Joaquín, y la emprendió con él hasta el punto de llamarle bruto. Joaquín se puso lívido, pero no replicó: mediaba su amo, al cual adoraba, y ningún concepto proferido por la señora podía herir al fiel sirviente.

Ante tamaña injusticia estalló la cólera de Luis que, olvidándose de sí mismo, lanzó contra su mujer algunos insultos. A Camila le dió un ataque de nervios y fué preciso llamar al médico de nuevo. El doctor encontró á la señora de Pacheco bufando, pateando y retorciendo los brazos.

— ¡Suéltela! ¡Suéltela!

— ¡Doctor, dijo Luis asustado, que se deshace la cabeza!

— ¡Suéltela digo! Eso no es nada.

— ¡Sí; no es nada!, saltó Camila furiosa: para usted no es nada lo que yo tengo.

— ¿Eh? ¿Qué tal?, dijo el doctor, que era un viejecito cargado de rectitud y de ciencia.

Pacheco miró á su mujer y al doctor sin atreverse á confesar que había sido burlado: acostaron á la enferma, y Luis pasó la tarde y la noche midiendo por pasos el dormitorio de su mujer ó sentado á la cabecera de su cama.

¡Pobre Polita! No había vuelto á verla después de enterrar á su madre ¿Qué diría? Extrañaría su conducta y que no fuese á verla en todo el día: era natural. A los diez y seis años se encontraba sola, huérfana, sin nadie... Sin nadie no, porque lo tenía á él, ¡já él que estaba dispuesto á ser su padre! ¿Por qué le interesaba tanto aquella niña? No lo sabía; cuanto hiciese por ella le parecía obligatorio: haber desoído su llanto la noche que le pidiera limosna, tenía Luis por una falta que era preciso expiar. Por él había ido al portal del Veloz, por él recibiera los insultos de Roncalito, por él había encontrado á su madre muerta... ¡El alma de Luis era tan grande, que hasta las culpas de la fatalidad cargaba sobre sí!

Ha pasado un mes y Polita no es la misma niña

de traje raído y velo pardo que asistía á las clases del Conservatorio y cantaba en el coro de un mal teatro para ganar seis reales: es una mujercita modesta, sencilla, formalita y triste, porque el recuerdo de su madre no la abandona un solo instante; su bienestar le parece una mueca de la suerte: ¡Disfrutarlo ella y no haberlo disfrutado su madre! Ningún dolor retrospectivo pudiera atormentarla más que el recuerdo de las necesidades de aquella santa mujer, cuyo paso por el mundo había sido una tortura continuada. Vivía tranquila con aquella criada, sobrina de la portera, que era buena muchacha y disponía las cosas de casa con la experiencia de que Pola carecía.

Todas las tardes la visitaba su bienhechor. ¡Cuánto lo quería Pola y con qué afán aguardaba sus diarias visitas! Estaba poco tiempo con ella, el necesario para ocuparse de lo que la interesaba; nada más.

A los ocho días de muerta su madre le había dicho: — ¿Está usted en disposición de hacer algo? ¿Se aburre de la nueva existencia?

— ¡Oh, sí!, contestara Pola. Quiero trabajar: ya sé que no puede durar esta vida.

Al día siguiente un profesor y una profesora recibieron el encargo de instruir á Polita.

Aquel trabajo era para la huérfana la mayor de las dichas: ¡estudiar, aprender, saber tanto como había sabido su padre!.. Bellas aspiraciones que jamás creyó poder realizar.

Luis Pacheco no volvió al Veloz y dejó de ser socio; había echado sobre su caja una obligación sagrada, y aunque sus riquezas le permitían estos y otros actos de filantropía, su conciencia, exigente por demás, no le consentía hacerlos extrayendo cantidades del fondo común, de lo que á sus hijos pertenecía. «Castigaré mis vicios, decía, y saldré ganando. No prestaré á esos zánganos que suponen engañarme con promesas de devolución: evitaré los compromisos de juego, y todo gasto que sea personal, exclusivamente mío, queda suprimido para dedicarlo á mi hija adoptiva: ni la sociedad podrá reprocharme ni mi conciencia argüirme.»

¿Por qué no había dicho Luis á Polita quién era? No sabría explicárselo. De cuanto le pasaba con aquella criatura no podía darse cuenta. Todo lo hacía inconscientemente: pensaba en ella de día, de noche, en todas partes y á todas horas; pero siempre al foco luminoso de su imaginación asomaba la silueta de la mendiga y la figura extenuada de la niña harapienta, encerrada en aquella buhardilla horrible.

La jovencita del piso segundo, vestida con sencilla bata de paño negro, peinada con modestia elegantísima y sentada al lado de la chimenea, no duraba en sus recuerdos más que el tiempo que tardaba en bajar la escalera de su casa y salir á la calle.

Pola no sabía que Luis era casado ni dónde vivía: le había dicho que se llamaba Luis García y no había mentido: García Pacheco era el apellido de su padre; ¡pero decía tan pequeña cosa el primero!, que no tardó en desaparecer para ocultarse detrás de una G, no muchas veces estampada por el banquero Pacheco. Su hijo, que por Pacheco era conocido, continuó con la misma costumbre, y solamente en su partida de bautismo figuraban unidos los dos apellidos paternos. Nada había contado Luis á su protegida, que por otra parte no mostraba afán por conocer detalles. Su única curiosidad consistía en pretender averiguar qué había hecho ella para merecer la dicha que disfrutaba y hasta cuándo debía durar, pues que no quería serle tan gravosa.

— Déjese usted de esas cosas, le contestó un día Pacheco, y tenga la seguridad de que no quito á nadie lo que á usted dedico; estoy pagado con las notas de sus maestros: á este paso llegará usted á ser una sabia.

Polita sonrió por vez primera desde que había quedado huérfana, pero sonrió con expresión celestial y seráfica, que hizo temblar á Luis: creyó que el espíritu de un querubín había contraído el rostro de Pola para dejar paso á un efluvio celeste.

Desde aquella tarde varió en la cámara obscura de su cerebro la primitiva plancha, en la cual guardaba como el avaro su tesoro, el rostro afligido de la hija acurrucada á los pies de su madre muerta.

Hemos dicho que había transcurrido un mes y que la huérfana dedicaba las horas del día á los estudios y labores que le señalaban sus maestros. Si á Pola le hubiesen preguntado cuánto tiempo hacía que su madre había muerto, contestase que el día anterior; pero si alguien le asegurase que solamente un mes hacía que trataba á D. Luis y que gozaba de aquella vida tranquila, sin vacilar lo hubiese negado, jurando que habían pasado lo menos dos años.

Luis creyó que á Pola le convenía hacer ejercicio y la recomendó que saliese algunas tardes con la muchacha á pasear por las afueras, donde tomase sol y hubiese mucha gente. Pola se resistía.

— ¿Por qué?, le preguntó Pacheco.

Después de titubear un poco, respondió con el acento más amante y candoroso del mundo:

— Porque me privaría de pasar ese tiempo al lado de usted.

Luis hubiera besado paternalmente á la cariñosa niña; pero la idea de asustarla, de que pudiese suponer en él pensamientos interesados, le contuvo.

— Vendré más tarde, le dijo: de cinco á siete. ¿Está usted conforme?

— Sí, señor; saldré para darle gusto, pero volveré prontito.

Esto dicho con entusiasmo, con impulsos de abrazar á su protector y contemplándole con el cariño que á su madre pudiera haber contemplado, hizo que Luis, cerrando los ojos y cogiendo entre sus manos enguantadas la cabeza de Pola, estampase un beso en su frente, á cuyo choque brotó el llanto de las pupilas de la joven y comenzó á sollozar con esos ahogos de placer que ni se explican ni se comprenden; se sienten y basta.

Pacheco hizo esfuerzos por saber qué había motivado aquella explosión de dolor.

— Perdóneme usted: me acuerdo de mamá y de papá, de los dos: ¡pobres!, ¡pobres!..

— Yo he tenido la culpa, Polita: usted es la que ha de perdonarme; pero en algunos momentos se completa en mi mente la ilusión de que soy su padre y

de que visito á una hija enferma, desgraciada... Descuide usted: sabré contenerme para evitarle otro mal rato.

— ¡No, por Dios, no! Si no es mal rato; si es la dicha que me ahoga, la felicidad que me oprime el pecho...

Desde aquel día presentaba Pola su tersa frente á los labios de Luis, y éste los estampaba en ella con dulzura infinita.

El mes de mayo llegó á Madrid con su cortejo de lilas, pájaros, fiestas, sol y gorjeos de golondrinas. Las noches eran tibias, perfumadas y poéticas para las almas que vienen á la tierra envueltas en un jirón arrancado á los ropajes del arte.

Luis soñó una noche que Pola ya no salía por la tarde y que era él, él quien la daba el brazo para perderse juntos en los altos de la Castellana y en la ronda de Recoletos. A la noche siguiente puso su sueño en práctica; la sacó él á paseo y se fueron por aquellas soledades altas de la corte, charlando mucho, mucho; contentísima ella, feliz y dichoso él, sin ambicionar más, sin mayores deseos, sin fiebres y sin inquietudes.

Habló tanto Polita, que Luis quedó asombrado de lo que sabía aquella muñeca. ¡Vaya unos problemas intrincados de mundología en que se enfrascaba la muchacha!

— Pero diga usted, Polita, ¿le han enseñado eso los profesores?

— Los profesores no enseñan estas cosas; las enseñan las madres.

— ¿Luego la de usted era ilustrada?

— En mi país decían que tenía tanto talento como mi papá; y mi papá tenía mucho, no crea usted: ¡jamás había perdido un pleito!

Desde aquella noche apenas una dejó Luis de pasear con Pola. Su mujer se retiraba tarde del paseo vespertino con sus hijos y ya no salía. Verdad que tampoco él la decía que saliese, cosa que mortificaba muchísimo á Camila, revelándolo en sus reticencias y en sus desplantes de mal humor. Como esto ocurría casi diariamente, había llegado á ser demasiado tirante la vida de los esposos. Si un día se levantaba Camila de buen humor, gracias al talento, á la bondad y al cariño que su marido le consagraba á pesar de sus defectos, duraban poco los rayos de alegría; la cosa más pequeña volvía á exasperarla en cuanto creía que le habían faltado nimios detalles en la consideración y los mimos que ambicionaba.

— Yo podía disculpar sus pequeñeces y sus defectos si el amor los dictase, pensaba Luis; pero es el egoísmo, la vanidad, el deseo de ser la primera. ¡Dios mío, qué alma tan chiquita en un cuerpo tan hermoso y qué alma tan grande en el cuerpecito menudo y endeble de Polita!

¿Hubiera hecho un cambio Luis á serle posible? ¿Aceptaría la transfusión de almas si se la propusiesen?

Seguramente no: á Camila no la comprendía dulce, delicada, poética ni grande, como no comprendía á Pola hermosa, alta, esbelta, en medio de un salón del gran mundo repartiendo sonrisas fingidas ni hablando mal del prójimo. Pola, envidiosa y pequeña de espíritu, no era Pola: Camila, magnánima, exenta de celos raquíticos y de ridiculeces, no hubiera sido Camila. Esta era la compañera, la madre de sus hijos, la reina de su hogar, la que llevaba su nombre y tenía derecho á sus consideraciones; pero ¡cuántos años había vivido huérfano de alma, sin otra que respondiese á la suya, sin saber cómo se identificaban dos seres en un solo ser moral, ni cómo se amaba, ni cómo se sufría, ni cómo se gozaba adorando á un imposible, pues que imposible le parecía á Luis que jamás Pola pudiese ser suya!

Y era verdad, él amaba á la niña; la amaba, sí, aunque continuaba ignorando si era fea ó bonita, no se daba cuenta. Cuantas veces intentaba recordar sus facciones, tantas se le representaba sonriendo como aquella tarde que la llamara sabia, y no veía más. Una expresión celestial, un rostro de ángel; la imaginación se mostraba rebelde á invocarla de otra manera. La mendiga y la huérfana habían desaparecido para quedar medio borrosas en el reflector de los recuerdos.

Los paseos nocturnos llegaron á ser para Luis la mayor necesidad de su vida. La estación avanzaba, y como su esposa y sus hijos salían tarde y no regresaban hasta las ocho de la noche, ya no pensaba Camila en volver á salir; pero pensaba, y acaso con dobles intenciones, en el viaje veraniego y en adelantar éste lo más posible. Su marido estaba preocupado, bien lo veía. No era el mismo. No la contemplaba, no le prodigaba mimos y atenciones; salía sin ella, no la invitaba á pasear con él ni á nada que fuese encontrarse juntos y solos. Era necesario salir de Madrid y salir cuanto antes. La vida de verano era más unida, más íntima, y quizás algunos meses de agru-

parse en torno de su esposa y sus hijos volviesen á Luis á las antiguas costumbres.

Camila sufría como ella era capaz de sufrir: rabiamente, herida en el amor propio; y desdénando, á cambio de creerse desdeñada. Abordó la cuestión de viaje: dijo que los niños necesitaban salir de Madrid cuanto antes, y Pacheco dejó á su mujer la elección del punto adonde debían dirigirse.

Insinuó algo que á Camila llenó de asombro, haciéndola saltar de cólera: ¡quería que fuesen solos y quedarse él pretextando negocios!.. Luis presintió sobre su hogar la más grande de las tempestades y volvió sobre sus palabras.

— Iremos adonde quieras y cuando quieras, dijo. Yo estaré dispuesto cuando tú lo estés.

Aquella noche sentía Luis mayor necesidad de ver á Pola. Tenía prisa, estaba desasosegado, le parecía que iba á perderla para siempre y no pudo regularizar los latidos de su corazón hasta no encontrarse á su lado y oír su voz y estampar el beso fraternal sobre su frente pura y sin mancha.

Pola estaba contenta como nunca. La vida tranquila y regalada había operado un cambio grandísimo en su carácter. Era siempre la niña de aspecto enfermizo y melancólico, pero también era la joven de inteligencia formada, de soltura en el decir, de madurez en el pensar y de sublimidades poéticas en el sentimiento. Estudiaba y leía mucho, muchísimo. Las labores de mano eran su martirio. «Bordando no se ocupa la imaginación,» había dicho un día á su profesora. «Hagamos un cambio, enseñeme usted francés solamente.» Quedó así acordado, y á los tres meses sostenía Pola sus conversaciones en el idioma de Racine con la profesora. Quería guardar el secreto á su protector.

— Cuando pueda hablar de corrido con él, lo sabrá. Hasta entonces, no, decía.

La noche en que Luis se hallaba preocupado por la proximidad del viaje era la elegida por Polita para sorprenderle con sus progresos de idiomas. En el Conservatorio había comenzado el italiano, que le era facilísimo, aunque suponía haber olvidado algo; pero aun así podría lucirse con Luis, que se alegraría, se pondría muy contento, como siempre que le enseñaba las notas de los maestros: más, mucho más.

Pola había querido interrogar á su corazón alguna vez sobre los lazos que le unían al bondadoso amigo. Por poco que supiese, no dejaba de comprender las pasiones á que el hombre está sujeto: á ella le habían hablado cínicamente, le habían hecho infames proposiciones que rechazara llorando: suponerla capaz de semejantes cosas, era juzgarla como no merecía ser juzgada. Y más que á ella insultaban á su madre tales proposiciones. Los hombres que la veían entre bastidores cuidando á su hija, protegiéndola con su mirada y escudándola con su virtud, ¿no comprenderían que era una señora honrada, la viuda de un abogado ilustre?.. Polita creía que todo el mundo debía conocerles en el rostro que eran diferentes á otras madres y á otras hijas. Sabía que la protección de los hombres á las muchachas era pocas veces desinteresada, así lo había comprendido en su carrera de miseria; sabía que con la honra se comercia, porque hay muchos que la compran y algunas que la venden; pero que á ella la tomasen por una de éstas, le apenaba el ánimo y le había hecho derramar lágrimas abundantes.

¡Luis! Luis sí que era bueno, sí que era noble: él no la quería con bastardas intenciones; procuraba hacerle creer que sentía por ella el cariño de un padre... ¡De un padre! ¡Qué padre tan joven, tan guapo y tan elegante! Pues ella no hubiese querido ser su hija: no, no; siendo su hija no lo querría tanto: ¿Acaso había querido á su padre como quería á Luis? ¡A Luis! Ya le llamaba por su nombre á secas; él lo había querido rogándosele con insistencia, y la verdad era que desde la noche que se aboliera el *don* tenía más confianza con su protector.

¿La quería éste como lo quería ella? Sí: no cabía duda: sólo queriéndola mucho se podía hacer lo que Luis hacía con ella y por ella. ¿Pensaría quizás en que fuese su esposa? ¿Sería el primero acaso? ¡Oh! Esta dicha no le cabría en el pecho: hubiera sido tan grande, tan grande, que no creía poder resistirla si llegaba el caso.

Paseaban por lo alto del hipódromo charlando, charlando; unas veces en francés, otras en castellano: Luis se había sorprendido muchísimo y agradablemente, como pensara Pola. ¡Qué abrazo tan estrecho había ganado con sus progresos! Luis la encontraba encantadora y distinguidísima hablando francés. ¡Qué dicción tan correcta! ¡Qué pronunciación tan suave! Si parecía una *miss* londinense empleando el idioma galo.

Bajaron á la Castellana y tomaron asiento en un banco del paseo: la noche convidaba á los goces del alma: la luna estaba en su apogeo, el firmamento ta-

chonado de estrellas, el ambiente perfumado, la atmósfera seca y el paraje poéticamente solitario... Luis había llegado á olvidarse de lo que tanto le preocupaba, del veraneo.

- Polita, dijo Pacheco acariciando una mano de la niña y mirándose en sus ojos, ¿no le llama á usted nada la atención cuando conversamos en francés?

- No, señor.

- Pues nos hablamos de tú.

- ¿Sí?, preguntó asustada y poniéndose encarnada Polita.

- Fíjese usted.

- ¡Oh! Por mi parte ya pondré cuidado para evitarlo.

- ¡No, Pola! ¿Acaso teme usted algo porque nos tuteemos? ¿No le he dicho á usted que soy su padre? Háblémonos de tú, Polita: muchas hijas usan con sus padres esta confianza.

- Yo la usaba con los míos.

- Entonces, ¿por qué yo he de ser menos? ¿No me ha dicho usted antes que tanto como á su padre me quiere?

- Sí, sí, tanto; ¡acaso más!

- Gracias, hija mía, gracias: queda pues convenido, ¿eh? ¡Me tutearás! ¡Nos tutearemos!

- ¡Sí!, respondió Pola con voz que salió de sus labios envuelta en perfumes del alma.

- Comencemos pues: vamos á ver, dime algo; pronto, prontito. ¿No ves que aguardo impaciente?... No seas cruel, Pola: ¿por qué callas ahora?

- No sé qué decir.

- Con haber añadido un pronombre, ya me hubieses hecho feliz: ¡tú, tan gramática, tan juguetona con el idioma!.. Háblame, Pola; pero háblame mucho, muchísimo.

- ¿Pero qué diré?

- ¿Ves? No me quieres como á tu padre; si me quisieras me complacerías en una cosa tan pequeña, tan pequeñita...

- ¡Sí que te quiero, sí; no te incomodes!

Luis lanzó un grito ahogado, y abrazó á Pola estrechándola fuertemente: no podía soltarla, no sabía cómo enlazara los brazos en su espalda: era tan feliz, tan dichoso, que la vida se le escapaba en el aliento, y el corazón quería saltar hecho pedazos, sintiendo que era cárcel estrecha la cavidad del pecho.

Un imperceptible grito de Pola operó rápida reacción en Pacheco; la estaba haciendo daño; él con su musculatura robusta con sus brazos de gimnasta no podía menos de triturar aquel cuerpecito delgado que parecía quebrarse al contacto del viento.

Luis soltó á Pola diciendo:

- ¡Soy un bárbaro!

Ambos callaron; ninguno de los dos se atrevía á romper el silencio.

- ¡Luis!, dijo ella por fin.

- ¡Pola!, respondió él, como si aquella voz le despertase de un sueño.

- ¿Crees tú que las almas de los que mueren van á vivir á un astro?

- ¿Quién te ha dicho eso?

- ¿Pues yo no leo?

- ¿Pero quién te ha proporcionado esos libros?

- La profesora.

- No; no creo esas cosas.

- ¡Qué pena!

- ¿Por qué?

- Yo quisiera que las creyeras.

- ¿Que tú lo quisieras? ¿Y por qué motivo?

- Porque si yo me muriese tendrías esperanzas de volver á verme y sabrías que yo te esperaba en Venus ó en Saturno... no, no, en Venus; es más bonito.

- ¿Y por qué te has de morir tú primero, hija mía? ¿Por qué no he de ser yo?

- ¿Tú? ¿Tú?, preguntó Polita con asombro y rodeando la cintura de Luis como si quisiera librarle de la muerte.

- Vaya, vaya; ninguno de los dos. ¡Valiente tontería!

- Pero dime: ¿crees que podremos estar juntos en la otra vida?

- ¿Quieres que te engañe?

- No, no; eso es un pecado; no se miente.

- ¡Pues no lo creo!

- Entonces... si me quieres como yo á ti debes sufrir mucho con la idea de perderme.

- ¿Perderte?

Esta vez fué Luis el que pretendió salvar á Pola de un peligro imaginario.

¡Perderla! ¡Qué cruel era esto! Y no había otro remedio; sus deberes de padre, de esposo y de caballero le obligaban á... De caballero, sí: á poco que aquella vida continuase, él no podría evitar una explosión de amor. Pola le amaba, lo conocía: había amor en sus ojos, amor en sus palabras, amor en sus pensamientos... Y él... él la idolatraba; y de aquel amor puro,

céfiro suave, corriente formada por un divino soplo, podía dimanar el vendabal, la tormenta, el simoun aterrador y envolvente.

¡Jamás! Primero la muerte que deshojar la pristina flor de su pureza. ¡Cometer una cobardía, una infamia!, porque ambas cosas fuese abusar de la situación y de la inocencia de Pola, ¡oh, no! Luis, que se sublevaba contra las miserias sociales ¿había de acabar por ser miserable? El que reprochaba á su propia esposa la pequeñez de sentimientos, ¿había de rebajarse hasta ser más pequeño que nadie?

Callaba, sufría y pensaba. Pola soñaba en aquellos instantes, á juzgar por su mirada fija en el astro de la noche y por la seráfica expresión de su rostro.

- *Salve dimora casta e pura*, cantó de pronto con voz dulcísima y potente.

Luis se puso de pie como si una corriente eléctrica le hubiese levantado, y cayó de rodillas delante de Pola, escondiendo el rostro entre los pliegues de su falda.

- ¡Pola! ¡Pola! ¡Criatura celestial!, gritó. ¡Sálvame!

Y rompió á llorar como un niño. Aquel llanto partía el corazón de la joven, pero los ojos de ésta permanecían secos. ¿Por qué lloraba Luis? ¿Por qué lloraba? ¿Por qué le pedía á ella, á ella, huérfana infeliz, que lo salvase? ¿Qué misterio encerraban sus palabras y qué nueva desgracia le amenazaba? ¿Algún recuerdo? ¡Tal vez! ¿Traería á su memoria aquel canto un dolor antes sufrido ó una dicha pasada?

Pola no tuvo valor para interrumpir á Luis: apretó su cabeza, acarició sus cabellos y le llamó:

- ¡Luis! ¡Luis! ¡Papá mío!

Pacheco levantó entonces la frente y alzó los ojos hasta encontrar los de Pola.

- ¡Hija mía, sí, hija mía!

La niña enjugó las mejillas de su protector y estampó en ellas un beso filial.

- ¿Ha pasado eso, verdad?, preguntó. Pues siéntate tranquilo y dime qué recuerdo trajo mi canto á tu pensamiento y qué pena se ha renovado en tu corazón.

Pola sufría horriblemente con aspecto de tranquila indiferencia.

Para ella era seguro que aquel *Salve dimora* había evocado recuerdos tristes á su amigo del alma.

- Habla, Luis; dime qué te he recordado sin querer.

- Nada.

- ¿Nada?

- Te lo juro.

- ¿Qué tienes entonces?

- No puedo explicarlo: al oír tu voz, que yo no había oído, sentí pena, alegría, ilusiones, desencantos... todo lo que se puede sentir gozando y sufriendo al propio tiempo. Jamás se me había ocurrido oírte cantar; es más, he llegado á olvidar que estudiabas; para mí has nacido en la noche triste que te vi sin adivinarte; me pareces tan mía, tan hija de mis afectos, de mi cariño y de mis obras, que no recuerdo ni quiero recordar lo que de tu vida pasada me has contado. Tu voz, tu voz dulcísima me ha despertado de un letargo indigno de mí, de un sueño egoísta y me ha reprochado duramente lo poco que por ti hago.

- ¡Luis, por Dios! ¿Lo poco que por mí haces?

- Sí, muy poco. Encerrarte, tenerte oculta, cortar la brillante carrera de tu vida.

- No quiero nada, nada; mis afanes de saber, mis sueños de gloria, mis ambiciones artísticas han muerto; quizás también he perdido la voz.

Luis estaba resuelto: el llanto había descargado su pecho; la tensión de los nervios cediera de pronto, y el cerebro, enseñoreado de su ser moral, dominaba al sentimiento; la sangre circulaba sin apresuramientos, y el organismo laxado descansaba después de una sacudida mortal.

- ¡Pola, hija mía!, dijo pasados los momentos de vacilación, debes continuar tu carrera, pero no aquí; en Italia.

La niña sintió un dolor tan agudo en el alma, que creyó morir y no pudo articular palabra. La echaba de su lado, quería alejarla, le pesaba... Era natural: ya le parecía á ella demasiada felicidad y demasiados sacrificios por parte de él. ¡Lejos! ¡lejos! ¿Y podría vivir lejos del único ser que tenía en la tierra, del que había reemplazado á su madre, del que como á hija

la trataba? ¡Oh! ¿Y cuándo le proponía que continuase su carrera? Después de hacerla ver el cielo, después de acostumbrarla á vivir retirada, dichosa por estar oculta á miradas cónicas y feliz por verle á él sólo, ¡á él, en quien había reunido todos los amores de la tierra y todas las ilusiones del cielo! ¡Morir! ¡Qué bello, qué dulce hubiera sido morir el día anterior, llorada por Luis y llevándose al mundo del no ser material la idea de reunirse con él allá, en uno de aquellos puntos luminosos que poblaban el firmamento!

- ¿Callas, Pola? ¡No me contestas! ¿No quieres contestarme? Dime, ¿qué piensas?

- ¿Qué pienso? No pienso nada. Es decir, pienso que tiene usted razón, que debo estudiar, que es preciso cambiar de vida.

- ¡Pola, te lo suplico! Háblame como antes; no



Desde aquel día presentaba Pola su tersa frente á los labios de Luis, y éste los estampaba en ella con dulzura infinita

me desgarras el alma y compadécete de mis sufrimientos. ¿Me juzgas mal, verdad?

- Yo no puedo juzgar mal á mi padre, al que me ha sacado de la miseria, al que ha dado sepultura digna á mi madre del alma; pero comprendo que debe ser así. Es necesario que trabaje, que gane la subsistencia...

- ¡Calla! No sigas. ¡Me supones tan pequeño, tan mezquino, tan raquítilo!.. ¿Y eres tú la niña de alma gigante, la mujer de espíritu elevado, la que no comprende miserias ni pequeñeces, la que tan mal me juzga? No, Pola, yo no necesito que ganes la subsistencia. Soy rico, muy rico, nunca te lo he dicho, demasiado rico. Si deseo que acabes tu carrera no es por el interés material que pueda reportarte, es para regularizar tu vida, para que tenga tu alma la válvula de seguridad que necesita: el arte y la escena harán que no estalle hidrónica de pasión y de sentimiento. Porque tú me amas, ¿verdad, Pola? Me amas como los ángeles deben amar, como yo te amo, como yo te adoro, Pola, como te idolatro.

El corazón de la niña no pudo resistir más. Lanzó un ¡ay!, un ¡ay! ahogado, desplomando el busto sobre Luis, que la sujetó rodeándole la cintura y recogiendo en el pecho su cabecita. Lo menos diez minutos tardó Pola en darse cuenta de sí: Luis le prodigaba palabras tiernas y se reprochaba la imprudencia de su amor, la fogosidad con que le había hablado, todo se lo reprochaba para castigar su infamia; su infamia, sí; porque lo fuera dejarse vencer por la pasión y olvidar sus honrados propósitos.

Esto pensaba Luis y esto constituía su principal martirio.

Polita volvió en sí paulatinamente. Contestaba por señas á las preguntas de Pacheco, y por fin habló, pero tan débilmente que apenas se despegaban sus labios.

No llegó á reanimarse completamente; pero en cuanto tuvo fuerzas para caminar, tomó el brazo de Luis y se pusieron en marcha.

- Nos meteremos en el primer coche que encontremos, dijo Pacheco.

- ¡No, no, que llegaríamos antes!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ORQUESTA ELÉCTRICA

La electrotécnica celebra actualmente un gran triunfo con la orquesta eléctrica inventada por J. B. Schalkenbach, que excita la admiración de cuantos visitan el Palacio de Cristal de Leipzig, en donde funciona. Este invento parece realizar uno de los cuentos fantásticos de Hoffmann, y en verdad que el que oye las combinaciones de sonidos que por todos lados se producen merced á la electricidad, se cree transportado al país de las maravillas. El inventor maneja aquel instrumento de una manera admirable, sacando de él efectos realistas de mil formas á cual más bella y sorprendente y sonidos dulcísimos y llenos de sentimiento.

La forma del instrumento es la de un gran pianino ó armónium con dos teclados sobrepuestos, por medio de los cuales y merced á un ingeniosísimo sistema de tubos se producen todos los sonidos. A derecha é izquierda de la parte superior del instrumento central hay unas aberturas de cobre en forma de tubos por donde se escapan los sonidos. El instrumento está en comunicación por medio de alambres eléctricos con un gran número de instrumentos secundarios distribuidos por todo el local, tales como el xilofón, el tambor, el trino de los pájaros, el tamtam, etc., bastando oprimir un botón de marfil de los que se ven sobre los teclados para que funcione el registro que se quiera, y de la voluntad del ejecutante depende extasiar á los oyentes con algún idilio acompañado del dulce vibrar de las campanitas, ó entusiasmarles con algún himno bélico con sus cañonazos y disparos de fusilería, y todo ello sin más que doblar la muñeca, la rodilla ó el pie.

El pedal es de gran importancia para el aumento de sonoridad y los efectos de vibración.

Aunque la orquesta eléctrica sirve principalmente para la música de gran efecto que pudiéramos llamar sensacional, puede ser también utilizada para ejecutar música seria: lo que sí requiere indispensablemente es un gran local.

El inventor de este instrumento, alemán de origen, aunque la suerte le llevó en edad temprana á Inglaterra y á Francia, une á sus grandes aptitudes musicales vastos conocimientos electrotécnicos: esa unión de dos cualidades que rara vez suelen encontrarse juntas en una misma persona, es indispensable también en el que quiera tocar con éxito la orquesta eléctrica, pues sólo así conseguirá los necesarios efectos.

(De la *Illustrierte Zeitung*)

* *

EL QUESO MONSTRUOSO DE LA EXPOSICIÓN DE CHICAGO

Los visitantes de la Exposición de Chicago han

podido admirar allí la grandiosidad de los edificios y los progresos de la industria norteamericana, pero no han encontrado el asunto nuevo, inédito, sorprendente por su concepción ó por su ejecución, que se ha dado en llamar el *clou* de las Exposiciones universales. En París, en 1867, el *clou* fué la forma del palacio que realizaba con raro acierto la clasificación económica del ilustre Le Play; en 1878 el Palacio del Trocadero; en 1889 la torre Eiffel.

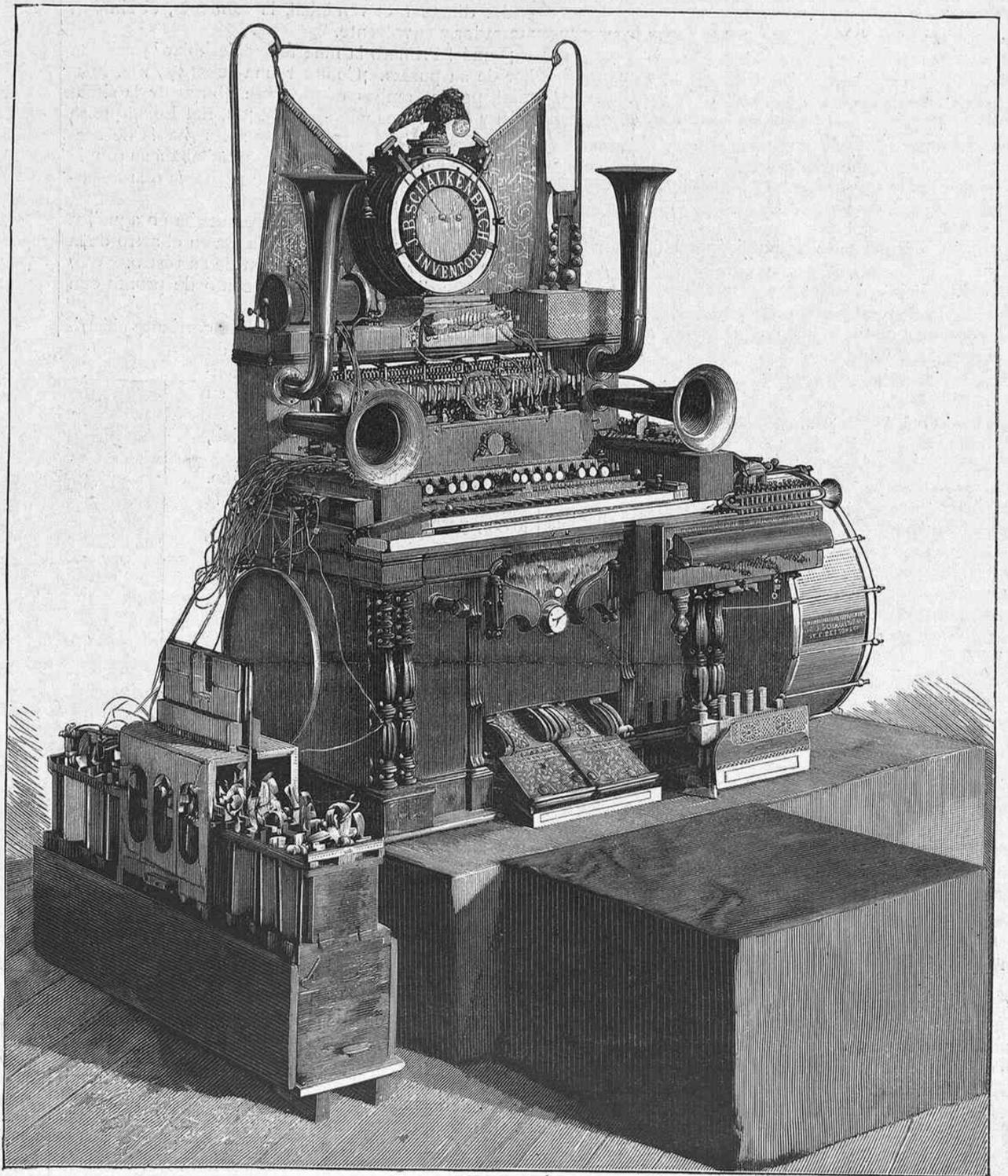
Sea por falta de tiempo ó por escasez de inventiva, es lo cierto que los organizadores de la Exposición de Chicago nada han hecho que merezca ser recordado con el carácter antes indicado.

La concepción más sorprendente en este orden de ideas ha sido la rueda de Ferris que reproducimos y describimos en el número 608 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Fuera de este *clou* curioso, pero de interés secundario desde el punto de vista práctico, pueden sin embargo citarse algunas exposiciones especiales que han presentado un carácter original. A título de tal citaremos el queso monstruoso canadiense que representan nuestros dibujos, copias de fotografías.

El queso monstruoso, el *Canadian Mite* como lo llamaron sus expositores, simboliza la actividad y la potencia de la industria lechera en el Canadá: en esta rama de la industria agrícola no había de tener competencias, como lo prueba el hecho de que de las 135 medallas y diplomas otorgados á la industria quesera, se ha llevado 126.

El queso monstruoso viene á ser como el monumento conmemorativo de este triunfo: tiene 1'80 metros de altura, 8'50 de circunferencia y pesa unos 10.000 kilogramos; para la fabricación de una pieza de tal magnitud se habrá necesitado toda la leche que en un día hayan dado 10.000 vacas.

Confeccionado en la *Dominion Experimental Dairy Station, Perth Ontario*, el *Canadian Mite* ha puesto á contribución para hacer su entrada en el mundo once queserías de los alrededores durante algún tiempo y ha sido comprimido en un molde cilíndrico de acero que conservó durante la exposición á fin de evitar que se deformara por los lados: las dos bases quedaban, sin embargo, al descubierto. Dos gorriones permiten moverlo de arriba á abajo cada seis semanas, cambiándolo de posición, operación indispensable para que pueda conservarse aquel queso colosal.



Orquesta eléctrica de J. B. Schalkenbach

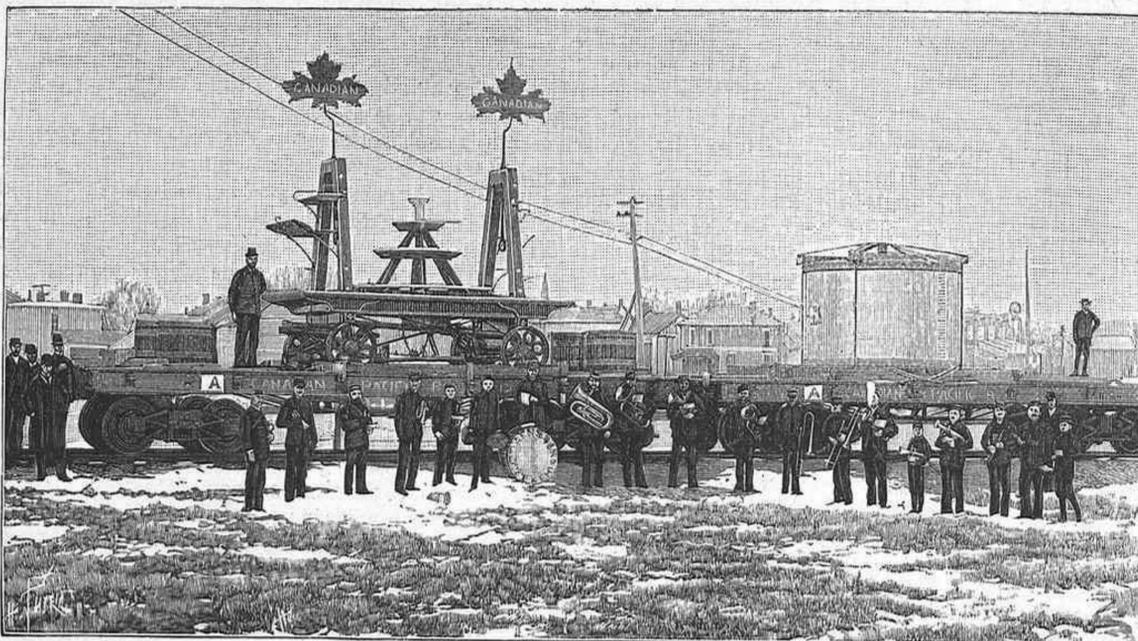


Fig. 1. Transporte del queso monstruoso del Canadá (*Mammoth cheese*) y de su carromato por la vía férrea á la Exposición de Chicago. - Llegada con la charanga de Pensilvania (de una fotografía)

Para transportarlo a la Exposición ha sido preciso construirle un carro especial que no sin grandes trabajos lo condujo a Chicago, en donde fué recibido por la charanga de Pensilvania. La figura 1 representa la ceremonia de la llegada del queso a la Exposición por ferrocarril. En el primer vagón hay el armatoste que ha servido para sostener durante la *World's Fair* la instalación quesera canadiense; el segundo sostiene el queso encerrado en su vaina de acero. La figura 2 reproduce el aspecto del queso expuesto en Chicago.

En el sitio que allí ocupó fué preciso apuntalar el subsuelo, pues su primer acto, digno de un gigante de tal calibre, fué hundir el pavimento.

El jurado de la sección de Agricultura, procediendo con un rigor que tanta grandeza hace aparecer aún más severo, no quiso creer bajo sola palabra en las cualidades que la *Dominion Experimental Dairy Station* atribuía a su obra; así es que se practicó una sondeadura en los flancos del monstruo hasta una profundidad de 70 centímetros, y los peritos cataron concienzudamente aquel producto que, a lo que parece, encontraron exquisito, juzgándolo digno de la más alta distinción.

Todo parecía indicar que aquel coloso sería la pieza de resistencia de algún banquete pantagruélico de clausura de la *World's Fair*: esa ágape hubiera dejado en el espíritu de los invitados, además de la admiración producida por el *tour de force* industrial, aquel especial agradecimiento, a veces sincero, que aquende el Atlántico se denomina «el agradecimiento del estómago.»

Pero un inglés acechaba el famoso queso con aquel espíritu de lucro que caracteriza al anglo sajón, y apenas cerrada la Exposición colombiana, el Barnum se propone pasear su presa sólidamente encadenada sobre su famoso armatoste a través de las principales

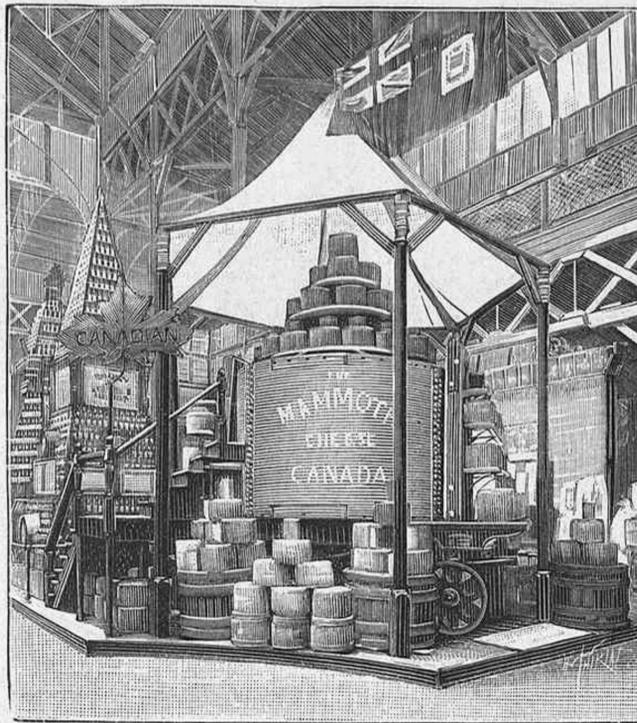


Fig. 2. El queso monstruoso de 10.000 kilogramos, en la Exposición de Chicago (de una fotografía)

ciudades de la Gran Bretaña y de Irlanda. ¡Pasear por las ciudades de la Irlanda pobre y famélica tal prodigio alimenticio! ¡Qué crueldad! Es preciso ser inglés para concebir tal idea.

Si el bueno del queso canadiense se acuerda durante su proyectada excursión de su origen francés, se secará de vergüenza.

MAX DE NANSOUTY

UN CAÑÓN TORPEDO SUBMARINO

Entre los buques de guerra que el gobierno brasileño ha comprado recientemente en los Estados Unidos figura el *Destroyer*, que ha sido construido según los planos del famoso capitán Ericson.

La particularidad que distingue a este buque es un cañón submarino colocado en la proa, que puede lanzar un proyectil torpedado a unos 100 metros de distancia: el cañón está situado a unos tres metros debajo de la superficie del agua; se carga por la culata, y por medio de una serie de palancas la válvula que hay colocada en la boca se abre automáticamente y se cierra del mismo modo después que ha sido lanzado el proyectil. Este es un torpedo de acero de 9 metros de longitud y contiene en su cámara anterior una carga de 14 kilogramos de algodón pólvora que hace explosión en el punto de choque.

El *Destroyer*, que tiene 39 metros de longitud, es de hierro, y su proa y su popa tienen la misma forma, de suerte que puede moverse con igual velocidad en ambos sentidos: está protegido por un doble puente blindado, y el espacio entre ambos puentes, ó sea en una altura de 90 centímetros, está lleno de corcho y de sacos de aire.

Una especie de coraza de 60 centímetros de espesor, colocada en la proa en ángulo de 35 grados, está sostenida por 1'50 metros de armadura y asegura la protección de la tripulación y de las máquinas, poniéndolas a cubierto de los disparos del adversario.

En su posición de combate el *Destroyer* sólo expone fuera del agua unos pocos centímetros de superficie, de suerte que presenta muy escaso blanco a los proyectiles enemigos. El cañón submarino se dispara por medio de un circuito eléctrico que pasa por la torre vigía, situada detrás de la armadura y desde la cual se puede cerrar el circuito.

(De *La Nature*)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes a los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 LAIT ANTEPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para o mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

APIOL
 de los D^{tes} JORET & HOMOLLE
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, unico eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET y HOMOLLE.
 MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{tes} LONDRES 1862 - PARIS 1889
 Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

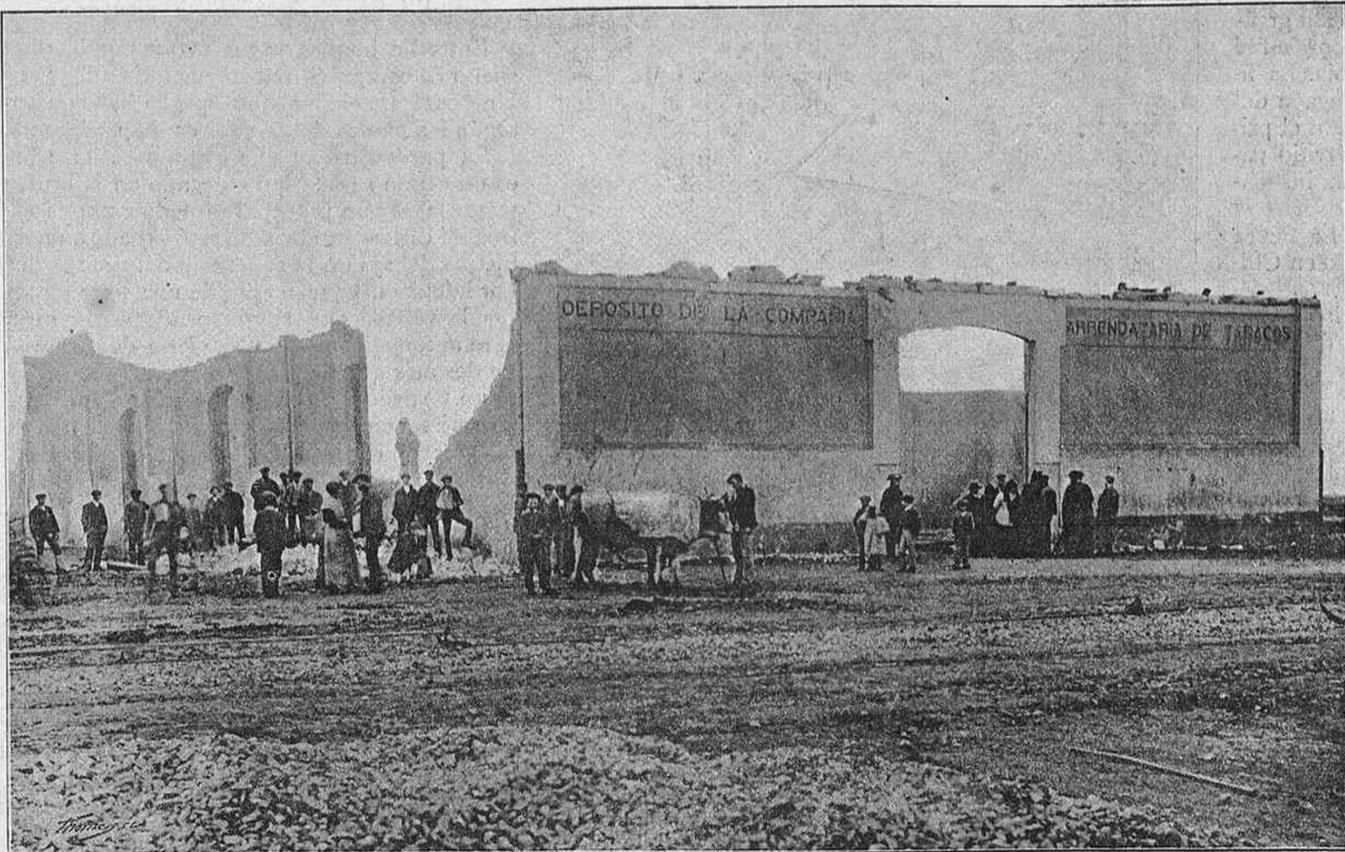
Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



SANTANDER. — DEPÓSITO DE LA COMPAÑIA ARRENDATARIA DE TABACOS
(de fotografía de D. L. Linacero remitida por D. Antonio Berdegú)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA. AMPLIACIÓN SINTÁCTICA, por R. Monner y Sans. — El distinguido catedrático de la Escuela Nacional de Buenos Aires, continuando su Gramática de 1.º y 2.º año, ha publicado la Ampliación sintáctica correspondiente al tercer año, en la que lo mismo en la teoría que en los ejercicios prácticos demuestra su autor cuán á fondo conoce el idioma castellano y el estudio que ha hecho de los clásicos españoles. El libro ha sido publicado en Buenos Aires.

RAJOLINS, per Antoni Careta y Vidal. — La Biblioteca Popular Catalana ha publicado su sexto volumen, que contiene seis bellísimas narraciones del conocido escritor Sr. Careta y Vidal, casi todas ellas justamente premiadas en públicos certámenes. Véndese á 50 céntimos de peseta en las principales librerías y en la Dirección, Montaner, 10, Barcelona.

LA ODISEA DE PABLO MORPHY EN LA HABANA, por Andrés Clemente Vázquez. — Bien conocido es entre los ajedrecistas el nombre de Pablo Morphy, quien después de varios triunfos obtenidos en el noble juego en las principales ciudades americanas, estuvo en la Habana en 1862 y 1864, venciendo á cuantos con él lucharon y admirando á todos los aficionados por su sin par maestría. D. Andrés Clemente Vázquez, cónsul general de México en la Isla de Cuba, ha reunido en un interesante folleto, que ha publicado la Biblioteca de El Figaro, los artículos que la prensa habanera le dedicó y las principales partidas por Morphy jugadas.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LICOR **LAVILLE** GOTA
del Dr. REUMATISMOS
Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.
F. GOMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Glaude, PARIS
VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le conviene, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES
del
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS y JARABE
DE
BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.
Exigirse la firma y el sello de garantía.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

GRANO DE LINO TARIN
Farmacéutico, place des Petits-Pères, 9, PARIS
PREPARACION ESPECIAL para combatir con éxito ESTREÑIMIENTOS COLICOS IRRITACIONES ENFERMEDADES DEL HIGADO Y DE LA VEJIGA
Exijarse las cajas de hoja de lata Una cucharada por la mañana y otra por la tarde en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche En todas las farmacias
LA CAJA: 1 FR. 30

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN